

En las entrañas de la tierra

Pisando Hormigas



Image not found.

Capítulo 1

Todos los derechos reservados ©

ÍNDICE DE CAPÍTULOS

Clermont, Indiana

Una noche muy larga

El tercer día

Como decía Bob Dylan

Dejarlo todo atrás

Descenso a la locura

Allí donde unas cosas terminan

Apéndices

Herida de bala

Y así aprendí a amar al señor

El sueño de los justos

Capítulo 2

Clermont, Indiana

Durante el primer día, la calle al otro lado del cordón policial se había llenado de vecinos curiosos. Todo el barrio residencial de Bridgeport había desaparecido sin dejar rastro, y también la gente que allí vivía. Había sido arrancado de cuajo hasta los cimientos. Incluso la enorme piscina de la señora Grace. Era como si hubiesen tirado sin ningún cuidado de una tiritita gigantesca llevándoselo todo a su paso. Casas, aceras, árboles... Hasta el asfalto de la carretera. En su lugar, una grieta enorme zigzagueaba a ambos lados de la calle. Tenía el aspecto de una gran cicatriz oscura, contrastando la tierra revuelta que estaba ahora por todo el lugar. La gente pasaba, como por casualidad, y se detenía a contemplar la brecha. Era esa clase de curiosidad macabra que te obliga a aminorar la marcha cuándo te encuentras con un accidente de tráfico en la carretera. Esa clase de curiosidad que te obliga a no apartar la mirada. A querer saber. A satisfacer a ese pequeño y morbosos ser que todos llevamos en nuestro interior. Ése horror fascinante que padecemos cuándo leemos en el periódico que una mujer murió destrozada por la hélice de un helicóptero. Durante aquel largo día la policía se dedicó a hacer preguntas al resto de vecinos. Nadie había oído o notado nada extraño durante la noche. Eso era lo realmente extraño.

William se acercó como los demás y observó el gran vacío que se extendía ante él. Gage jugaba con Bobby y Milton, cerca del cordón policial.

—¡Gage! —el niño levantó la mirada y lo buscó con ansiedad. Ya le había dicho un par de veces que no lo quería cerca de allí.

Es curioso cómo funciona la cabeza de un niño. Tienen el sentido del miedo algo distorsionado. Temen sacar cualquier extremidad de la cama, pensando que el ser que vive bajo ella los arrastrará. En cambio pueden jugar tranquilamente al lado de un barril de pólvora que se prende fuego, por más que trates de explicarles que es lo que va a pasar a continuación. Y aquella calle era el barril de pólvora que se prende fuego, aunque nadie estuviese viendo el humo. Gage se acercó cabizbajo, sabiendo que estaba haciendo algo indebido.

—¿Qué es lo que te he dicho, chaval?

—Que no me acerque —dijo mirándose las zapatillas.

—Bien, eso pensaba. Pero me haces dudar, porque ahora te veo aquí, cerca, justo dónde te he dicho que no deberías estar...

El niño dejó vagar los enormes ojos marrones por encima de su hombro, justo hasta dónde Bobby y Milton observaban la escena con compasión.

—Papá... Bobby y...

—No me importa lo que hagan ellos —lo atajó—. Yo te he dicho que no quería que te acercases, y tú sabes que no me gusta que desobedezcas —Gage bajó de nuevo la mirada a sus zapatillas y asintió—. Ve a casa con tu madre, hablaremos cuando vuelva.

Salió corriendo avergonzado, sabiendo que sus amigos habían sido testigos del rapapolvo.

Malditos niños.

* * *

Al segundo día aparecieron los cadáveres.

Las ciento veinte cabezas de ganado del señor Newport estaban diseminadas por toda la zona, rodeando la grieta. El pobre hombre se paseaba por aquí y por allá con las manos en la cabeza, casi arrancándose lo que le quedaba en las sienes del ralo cabello blanco.

—Diablos, Bill, estoy en la ruina...

William buscó a Gage sin encontrarlo. Buen chico. Tampoco había ni rastro de Izquierdo y Derecho, como llamaba cariñosamente -y para sus adentros- a Bobby y a Milton. Esperaba que los muchachos estuviesen lo más lejos posible de allí. No podía controlarlos las veinticuatro horas, y menos en verano, pero haría todo lo posible. Tenía miedo. Esa clase de terror que te invade cuando te palpas un bulto extraño en un ganglio linfático. Los niños, además de tener el sentido del miedo algo distorsionado, sentían la necesidad de impresionar a sus amigos cometiendo cualquier clase de estupidez. A la edad de Gage, él había saltado desde el tejado de su casa sólo porque su hermana Lizzy le había dicho que no sería capaz. Se había roto las dos piernas. Palmeó la ancha espalda del señor Newport sin saber que decirle.

Y volvían a estar al otro lado de la cinta amarilla.

Los animales muertos salpicaban toda la zona como ballenas varadas en una playa. Esperaba que retirasen a los bichos lo antes posible. Antes de que un enjambre de moscas se apoderase de todo el pueblo. No había ningún indicio de las muertes. La gente hablaba de epidemia, pero ninguna epidemia haría que más de un centenar de vacas fuesen a morir a tres kilómetros de la finca dónde se hallaban. Ninguna epidemia haría que escogiesen, casualmente, el mismo lugar en el que dos días antes se había esfumado todo un barrio, maldición. Pero así era la gente, siempre buscando respuestas racionales. Nadie entendía nada, esas habían sido las conclusiones a las que todos habían llegado, incluida la policía.

Se fue a casa y a media tarde escuchó por la radio que habían retirado los cadáveres tras tomar las muestras oportunas. También habían llegado los de control de plagas. Buena suerte. Maggie lloraba desconsolada en su parque y la tomó en brazos al pasar. La niña llevaba rara desde ayer, como si intuyese que algo iba mal. Terriblemente mal.

—Ssssh, vamos Bollito... No llores... No llores...

Ella se agarró a su camisa, toda babas y lágrimas desesperadas. Acarició la suave pelusa que le cubría la cabeza mientras respiraba

profundamente aquel embriagador aroma a bebé. Hasta el señor Newport tenía más pelo que ella, pensó divertido. El pediatra les aseguró que aquello era normal, pero como estaban acostumbrados a la espesa y tupida maraña que había cubierto la cabeza de Gage desde el primer día, esperaban con ansiedad que una mañana, al sacarla de la cunita, se hubiese operado algún cambio. No había sido así hasta ahora. En todo caso, Maggie había perdido casi todo el pelo de la coronilla, ganándose el sobrenombre de *Pequeño Frailecillo*. Era esto, al parecer, algo muy típico cuando los bebés no hacen otra cosa que dormir. Subió las escaleras hasta la habitación de Gage, llamó a la puerta y pasó al interior sin esperar respuesta. Su hijo estaba recostado en la cama jugando a uno de esos videojuegos.

—Gage, voy a ir a recoger a tu madre al invernadero. Quiero encontrarte aquí cuando vuelva... —levantó la mano, cortando de raíz cualquier inicio de protesta cuando él abrió la boca con aquel mohín enfurruñado— ...y no quiero enterarme de que has salido a alguna parte mientras estoy fuera, ¿de acuerdo, chaval?

Gage asintió de mala gana y se enfrascó de nuevo en la pequeña pantalla, ignorándolo completamente. Lo había castigado por desobedecerle, pero en realidad era una excusa barata para evitar que se metiese en algún lío. No confiaba en el muchacho. Era un chico listo, pero no había que engañarse; tenía nueve años. En lo que confiaba era en que Gage creía a pies juntillas que él lo sabía todo, y en que había sido muy claro especificando que la salida de la casa sin su consentimiento equivalía a un *DEFCON 1*. Preparó a la niña, que seguía berreando, la introdujo en la sillita del coche y salió de camino a recoger a su mujer.

Beth trabajaba en el invernadero municipal tallando esculturas con todo tipo de plantas, haciendo las delicias de la señora Dawson y el resto de las viejas glorias del comité de festejos del pueblo. También hacía, además, arreglos florales. E incluso había llegado a exponer algunas cosas. La boca se le secó al recordar a la señora Dawson... Ella era una de las desaparecidas. Santo Dios, las cosas ya no volverían a ser normales jamás.

* * *

Gage escuchó el golpeteo en la ventana. Se asomó y los vio abajo, lanzando piedras montados en las bicicletas.

—¿Te vienes a dar una vuelta? —estaba seguro de que Milton quería ir a la grieta. Lo habían estado planeando todo el día, y si su padre se enteraba lo castigaría.

—No puedo salir —susurró intentando no alzar la voz.

—¿Es que siempre haces lo que te dice tu padre? —a veces le gustaría darle a Milton un puñetazo en la nariz—. Eres un miedica...

—Al menos mi padre me puso nombre de chico, Louise —le dijo haciéndole la burla. Se arrepintió al instante. Uno no se mete con el nombre de su mejor amigo, y saltarse aquella norma le iba a costar varios días de malhumor.

La madre de Milton se había empeñado en llamarlo Louise por un tío suyo que era de no-sé-dónde. A su padre no le gustaba nada el nombre, y al final todo el mundo había terminado llamándolo por su apellido. Y Milton odiaba que lo llamasen Louise.

—¡Oh, papá, mis calzoncillos se han convertido en una fábrica de chocolate...! —Milton lo miraba furioso, imitando su voz histriónicamente (en una imitación que a él le pareció bastante mala, por cierto) mientras Bobby se reía a carcajadas—. Quédate en casa, Gage, no vaya a ser que tu padre se enfade...

Y se alejaron pedaleando a toda pastilla.

Pensó en seguirlos, pero su padre se enteraría... Siempre se enteraba. Tenía un ojo en la nuca, y por él lo veía absolutamente todo. No se le podía engañar.

Corrió las cortinas desanimado y siguió con el videojuego, dónde los zombis invadían su jardín sin piedad.

* * *

Milton pedaleó hasta la grieta seguido de Bobby. Al llegar al cordón amarillo dejaron las bicicletas y siguieron a pie por la zona más alejada. Cuando se llevaron de allí las vacas del señor Newport, todo el mundo regresó a su casa. El lugar estaba tranquilo. Ahora mismo no había ninguna novedad interesante a la que hincarle el diente. Llevaban dos días plantándose allí como coles, y hasta el más curioso tiene un límite.

Quería ver la grieta de cerca, ver hasta dónde llegaba y lo profunda que era.

Y fue al aproximarse al centro, dónde la abertura era mucho más grande, cuando empezó a escuchar las voces...

Y al tercer día... se desató el pánico.

Capítulo 3

Una noche muy larga

Llegaron al pueblo de madrugada. Habían conducido cerca de catorce horas, parando para comer algo y estirar las piernas. Se sentía completamente exhausta, y el irlandés no tenía mejor aspecto. Los demás ya estaban allí. Paul había hablado con ellos hacía un rato y, al parecer, no iban a tener la oportunidad de dormir hasta a saber cuándo. Habían hallado unos cadáveres cerca de la grieta y debían empezar a trabajar inmediatamente. Siguieron las indicaciones de Gary y aparcaron el mustang justo detrás de la furgoneta. Sacó de la guantera las identificaciones falsas y le tendió una a Paul.

Al salir del coche vieron que Gary estaba dentro del vehículo, con la cabeza apoyada sobre el volante. Golpeó suavemente el cristal y éste alzó la vista y bajó la ventanilla. También parecía agotado. Ellos habían conducido otro tanto, y tampoco podían haber descansado lo suficiente. Aunque te turnes para conducir, dormir a intervalos irregulares mientras cabeceas con el cuello rígido en busca de una posición algo más cómoda, no es descansar. Ni mucho menos.

—¿Qué haces aquí dentro? —le preguntó. Gary no era de los que se quedaban al margen y era extraño que no estuviese con los demás.

—No hay nada que pueda hacer allí y, francamente, tengo el estómago revuelto —respondió pasándose las manos por el pelo, claramente alterado. Era extraño verlo así; Gary era el hombre de los nervios de acero.

—¿Emma y Josh?

—Están instalando sus cosas. El forense viene de Bloomington y no lo esperan hasta primera hora de la mañana. Tenéis ese tiempo para... Ya sabéis.

Sí, echarle un vistazo a los cuerpos. Rodeó la furgoneta hasta el otro lateral y sacó la cámara de fotos y una bolsa de lona con el resto de su equipo. Con un poco de suerte, cuando amaneciese, podría tomar algunas fotografías antes de que levantasen los cadáveres.

—¿Cuántos? —preguntaba Paul cuando volvió a la parte delantera.

—Dos. Joder, espero que hayáis cenado temprano —cerró los ojos un momento, recomponiéndose. Definitivamente, nunca lo había visto así.

Gary era el mecánico. Bueno, en realidad esa definición se le quedaba realmente pequeña, especialmente si uno reparaba en las dos berettas tuneadas que sobresalían por ambos lados de la chaqueta. Además, Gary podía conducir o pilotar cualquier cosa que le pusiesen en las manos. También hacía todo tipo de reparaciones y, a veces, construía cosas de la nada. Puede que una simple explicación tampoco definiese bien la labor de Gary. Su habilidad les había salvado el culo en más de una ocasión. Hace un par de años los sacó de Panamá volando en un viejo

aeroplano sin motor que se caía a pedazos. Lo mantuvo en el aire mientras se iba desmontando poco a poco hasta que consiguieron cruzar aquel maldito canal, y lo aterrizó con la suavidad con la que se arroja a un bebé, dejándolos temblorosos en tierra firme a todos. Si estaban vivos hoy era sólo por la habilidad de aquel tipo y, si bien el equipo estaba formado por cinco personas, sólo él y Paul valían su peso en oro.

—Gary, el motel no está lejos, ¿porqué no descansas un par de horas? —él pareció dudar ante la oferta—. Te llamaremos si surge cualquier cosa, tranquilo.

Asintió en silencio, se bajó de la furgoneta y caminó en la noche, perdiéndose de vista al llegar a la calle principal.

Los focos de la policía iluminaban todo el lugar, puesto que no había ningún tipo de alumbrado. Había desaparecido también con el resto. El espectáculo era inquietante, con aquella luz mortecina envolviéndolo todo.

—Las cosas no se evaporan por las buenas... —Paul evaluaba la situación, tratando de imaginar a qué se iban a enfrentar.

—No sabría decirte... Pero juraría que nadie se lo llevó en el bolsillo —dijo ella removiéndola la tierra con el pie de forma inconsciente.

—Odio estas mierdas.

Lo entendía perfectamente. Las situaciones difíciles eran mucho más manejables —o, al menos, eran comprensibles—. Esto, en cambio... Se detuvieron ante el agente que parecía estar al mando y mostraron las identificaciones. Tenía exactamente el mismo aspecto demacrado que Gary, y unas bolsas oscuras se habían asentado bajo sus ojos. Unos ojos llenos de impaciencia.

—Sus compañeros dijeron que vendrían. Sinceramente, odio a los federales, odio su forma de meter las narices en cualquier parte, como si fueran los amos del mundo. Odio su forma de buscar dónde otros han buscado antes, dando por sentado que son unos completos inútiles. Odio sus caras de «*Eh, sé más que tú*», y también esa pose ensayada que dice que todos llevan un palo metido en el culo. Pero hoy... —dijo mirándola fijamente, haciendo gala de una tranquilidad que sabía que no tenía—. Sólo espero que encuentren algo que explique lo que hay bajo esa sábana. Porque sinceramente, dudo que vuelva a dormir sin ayuda de fármacos en la puñetera vida.

Y tras soltar el pequeño discurso escupió en el suelo, se dio la vuelta y se dirigió hasta dónde estaban sus agentes para seguir con lo que estaban haciendo: esperar al forense.

Divisaron la silueta de Emma bastante más allá y caminaron hasta ella. Al llegar vieron que Josh también estaba allí, oculto tras un pequeño montículo, con la cabeza metida en la enorme brecha. Emma y Josh. La parapsicóloga y el técnico: los lastres.

Eran pareja desde hacía poco, y formaban parte del equipo desde hacía sólo un poco más. Ella era como un perrito, de mirada dulce y de carácter aún más dulce. Pasaba el día metida entre lecturas de *bla, bla,*

bla, y de vete a saber. Cosas que, particularmente, le importaban una puta mierda. Josh era informático. Montaba y desmontaba los aparatos de Emma y les hacía el mantenimiento. También podía hackear cualquier cosa que se propusiese, aunque Rebecca era de la vieja escuela, y no le encontraba demasiada utilidad a esta habilidad. Porqué abrir una puerta cuando puedes echarla abajo de una patada. Ambos eran como dos alegres ositos de peluche enamorados. Y ella odiaba los peluches, especialmente si estaban enamorados. Detestaba cargar con ellos cuando salían, y ni una sola vez habían hecho algo que sirviese de utilidad. El trabajo habitual requería de balas, no de ordenadores. De cálculos y mente fría, no de lecturas. De estadísticas, no de corazón. Desde su particular forma de ver las cosas, Emma y Josh eran los lastres.

—¿Qué tenemos? —preguntó de mala gana.

—Estamos instalando el equipo, es probable que todo esté listo en unas horas —respondió Emma lanzando miradas preocupadas a su novio mientras hablaba, posiblemente pensando —y no sin razón— que podría caer dentro del agujero.

—Echemos un vistazo a los cuerpos —intervino Paul.

También parecía inquieto, con ganas de terminar cuanto antes con aquello. Por la noche siempre se ven las cosas de otra manera. Y aquel silencio. No se escuchaba nada que no proviniese de ellos mismos. Nada ambiental. Estar allí dejaba una sensación de hermetismo opresivo. Un desasosiego que le traspasaba hasta el alma, y puede que más allá.

Habían colocado unas vallas para delimitar la zona alrededor de los cadáveres. Tal y como había dicho el poli, estaban cubiertos por una sábana blanca. Dejó la bolsa en el suelo y sacó los guantes tendiéndole un par a Paul, que negó con la cabeza.

—No pienso tocar nada de lo que haya allí debajo. Eso te lo dejo a ti.

Esbozó una sonrisa torcida y se puso los suyos.

Se acucilló junto a la sábana y la levantó. Una exclamación de sorpresa salió de su boca seguida de un improperio y una maldición, y se quedó allí, paralizada, boqueando estupefacta como un pez fuera del agua.

—¡Joder! Dios, oh... ¡Joder, joder, joder...! —gritó Paul a su lado, cubriéndose la boca con la mano y cerrando los ojos con una fuerza desesperada. Tuvo que arrodillarse para afianzarse mejor y evitar caer encima de los restos.

—Jamás, en todos estos años, había visto algo semejante —susurró. Paul asintió aún sin abrir los ojos. Parecía que estuviese rezando en silencio—Pásame la linterna.

Él obedeció y se dio la vuelta. No necesitaba verlo mejor, ya era suficientemente malo sin los detalles.

Se la colocó en la boca mientras manipulaba en busca de algo. Lo que fuese. Aunque ya sabía que no encontraría nada más a parte de lo que saltaba a la vista... Sólo uno de los cuerpos era apto para una autopsia, y sabía exactamente lo que ésta revelaría. Se alegró de no ser la encargada de realizarla. Simplemente se conformaría con el informe

posterior.

—Paul, ¿porqué no te acercas a los agentes y que te cuenten todo lo que saben sobre esto?

—De acuerdo —respondió con voz ahogada, deseando alejarse de allí lo más rápidamente posible.

Ya había amanecido cuándo regresó. Ella había tomado fotos, agradeciendo la luz diurna, y buscaba por los alrededores intentando dilucidar una explicación coherente para todo aquello. Aunque la mayoría de las veces, como ya sabía muy bien, no había ninguna.

—Dieron aviso de la desaparición de los chavales a primera hora de la noche, cuando ninguno de los dos regresó a su casa —dijo tratando de recomponerse.

Todo era mucho más duro cuando se hablaba de niños, sí—. Los vecinos se repartieron en equipos de búsqueda, los cuerpos los encontró William Hutcherson. Su hijo era amigo de los críos y siempre andaban juntos. Imaginó dónde estarían porque al parecer merodeaban mucho por la zona.

—De acuerdo. Me pasaré por su casa antes de comer. Les daremos un tiempo para que descansen...

—Joder, Becca... no puedo creer que hables de comida después de lo que has visto...

Ella se encogió de hombros. No es que no le afectase, simplemente su cerebro separaba meticulosamente todo lo que procesaba.

—Entonces esperaremos al forense, y a ver si ese par han sido capaces de terminar de montar al espantapájaros antes del mediodía.

Los oían murmurar desde allí. Por fortuna, ninguno de los dos se había acercado hasta los cuerpos. Al igual que el agente, no volverían a dormir de una forma natural en la puta vida.

Joder, sí. Emma y Josh eran demasiado blandos para todo esto.

Capítulo 4

El tercer día

El forense se hizo de rogar y, cuando apareció, casi a media mañana, vomitó hasta las primeras papillas. Fueron Paul y ella quienes tuvieron que hacer prácticamente todo el trabajo, metiendo los cuerpos en las bolsas, mientras aquel hombre sudaba y se tapaba la nariz y la boca con un pañuelo blanco perfectamente planchado. En su defensa cabía decir que era bastante joven, y que aquello era algo que –por fortuna– no se veía todos los días.

—Voy a llevarlos al hospital del pueblo para que se pongan con la autopsia —él había llegado a la misma conclusión: sólo una.

—Pasaremos a última hora de la tarde para ver si tienen el informe. Asintió, se subió al coche y se fue.

La policía había establecido turnos de vigilancia en la zona para evitar que alguien más entrase sin permiso.

—¿Has hablado con Julian? —le preguntó a Paul.

—Sí. Hace lo que puede, pero antes o después vendrán. Y sinceramente, Becca, no creo que vayan a mandar a los federales.

Julian les había prometido tiempo para trabajar. Tiempo sin los federales, o... sin el ejército. El viejo estaba al mando de una organización privada que, ocasionalmente, trabajaba para el gobierno de forma encubierta. Y cuando trabajas para el gobierno de forma encubierta no existes, y nadie salvo tú mismo se preocupa por lo que pueda sucederte. La parte buena es la libertad de acción. La parte mala... Bueno, todos sabían cual era. Se dirigieron hacia dónde Josh y Emma estaban trabajando.

Emma iba de un monitor a otro comprobando los rollos de papel impreso, que se extendían cubriendo ya buena parte del suelo. Toda la zona estaba llena de cables y ganchos que sujetaban los cables, y de aquella especie de antenas que habían clavado a lo largo y ancho de la grieta. La mujer negaba con la cabeza, frenética, con un lápiz en la boca que solo se quitaba para hacer una marca en la libreta de su mano cada cierto tiempo. Josh estaba completamente absorto asegurándose de que todo funcionaba a la perfección.

—¿Cómo vais? ¿Tenemos algo?

Emma levantó la vista de los papeles, reparando en su presencia.

—Podría ser cualquier cosa... Una bilocación salvaje, un fenómeno de Jotts, una hipnosis colectiva... —se pasaba la mano libre por el pelo, nerviosa, tratando de no mirarla a los ojos. La aversión que sentía hacia la dulce mujer era mutua.

—Vamos, que no tienes ni puta idea...

—Yo no he dicho eso... —contestó a la defensiva apretando los labios.

—Pues es exactamente lo que yo he oído.

—Becca...

Joder. Miró a Paul que supo exactamente lo que estaba pensando: no soportaba que ella la llamase Becca. Paul la llamaba así. A veces, Gary la llamaba así. Hacía muchos años que los tres se conocían. Pero no podía soportar que ella se tomase esa pequeña confianza. Paul la miraba con una mezcla de diversión y compasión. Una mezcla a partes iguales. La diversión era para ella, la compasión para Emma.

—... Es igualmente un supuesto teórico que se emplea en el cálculo complejo de ecuaciones con varias incógnitas de indeterminaciones; por ejemplo, en física cuántica.

Ella había seguido con algún tipo de explicación que le importaba una mierda. La dejó hablando sola y caminó unos pasos hasta la grieta. Escuchó a Paul a su espalda.

—No seas así, Becca. No es justo que la aprietes tanto.

—Lo que no es justo es que tengamos que cargar con ellos. ¿Quieres jugarte algo a que no sabremos absolutamente nada nuevo de toda esa parafernalia que han traído?

—Probablemente. Pero Julian quiso que viniesen, y lo que quiere el viejo está escrito en piedra.

—Pff.

Sí, así era.

Se agachó para ver mejor el agujero. Tenía unos cinco metros de profundidad, y podía bajar sin problemas por un lateral.

—¿Un café?

Gary estaba tras ellos con una bandeja de donuts y unos cafés que olían de miedo. Se levantó y cogió uno de cada. Paul cogió café y rechazó el donut. Él tenía mucho mejor aspecto. Se notaba que, al menos, había dormido. Así era Gary. Nada le quitaba el sueño. El hombre de hielo estaba de vuelta. Le hizo a Emma un gesto con la mano para que se acercase, y ésta vino acompañada de Josh.

—Voy a bajar —les dijo a todos.

—¿Cómo? —Emma se tensó apretando su vaso—. Hay que esperar un poco, las lecturas...

—No podemos esperar. Mandarán a alguien enseguida y entonces ya no podremos bajar ahí. Entonces ya no podremos hacer nada de nada, ¿entiendes?

—Lo que entiendo es que tengo trabajo que hacer —si tú me dejas—, y que si no lo hago, podríamos bajar ahí y terminar en a saber dónde. Esa grieta podría ser un punto abierto. Una puerta. ¿Quieres cruzarla sin saber a dónde nos va a llevar? —ella guardó silencio pensando en lo que la mujer decía—. ¿No? Bien, era lo que suponía.

Maldita sea. Dudaba de que las máquinas fueran a decirles nada, pero tampoco quería precipitarse.

—Tienes hasta mañana, Emma. Mañana bajaré.

—Bajaremos —la corrigió ella, recibiendo como premio la expresión

horrorizada de Josh, que ignoraba si se debía a imaginar a Emma bajando, o a imaginarse a sí mismo descendiendo rumbo a aquella inquietante puerta abierta.

Las dos eran igual de obstinadas. Quizá por ello chocaban de esa forma, como dos trenes que se cruzan en la misma vía a toda pastilla. Paul le lanzó una mirada que decía claramente que meterse en el agujero le apetecía tanto como triturarse los dedos con una picadora de carne, pero su silencio daba a entender que respaldaba su decisión. Sí, ambos odiaban las cosas que no podían entender, pero ese era su trabajo. Y alguien tenía que bajar allí... Y bueno, Paul no la dejaría sola, porque nunca lo hacía. Del mismo modo que ella no lo dejaría solo a él.

«Pasa a la sala, le dijo la araña a la mosca. Oh, no. No, no me lo pidas más, porque aquel que baja no regresa jamás.»

Un escalofrío le recorrió la espina dorsal.

Terminaron de desayunar en un silencio tenso, y Emma y Josh volvieron a sus aparatos.

—Paul y yo iremos ahora a casa de los Hutcherson —dijo mirando a Gary—. Quiero hablar con ese hombre. Y también con el crío, si él me lo permite.

—Yo me quedaré por aquí —contestó él asintiendo.

El pueblo parecía un pueblo fantasma. No había mejorado demasiado a la luz del día. La gente permanecía encerrada en sus casas y los curiosos, que al parecer se habían agolpado durante aquellos dos días allí, en la zona, ahora habían desaparecido. Los rumores se habían extendido como la pólvora. Bueno, los rumores siempre eran así de rápidos, especialmente cuando uno tiene cierto interés en que las cosas no trasciendan. Pero los hechos habían sucedido cuando ellos aún no habían llegado y se habían propagado como el fuego. Todos habían corrido de un lado a otro como pollos sin cabeza, y ahora sólo quedaba esperar. Esperar a ver qué sucedía a continuación. Y rezar para que eso le sucediese al vecino de al lado, y no a uno mismo.

Los agentes les habían dicho dónde encontrar la casa de la familia Hutcherson. En un pueblo pequeño todos se conocen. Ella detestaba esa familiaridad. El saludar a los demás cuando te los cruzas por la calle. Asistir a las barbacoas y fiestas de cumpleaños. Toda esa parafernalia.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Paul, mirándola con aquella mueca que era en realidad un asomo de sonrisa—. Parece que hayas pisado una mierda.

—Pensaba en la agradable vida en los pueblos.

Llegaron al mustang y le tiró las llaves al irlandés, que las cogió al vuelo.

—Si por *agradable* te refieres a agradable como un herpes en los genitales... —dijo éste mientras abría la puerta y se metía dentro. Ella hizo lo propio. La casa no estaba lejos, pero ninguno de los dos tenía ganas de andar ni cinco pasos de más.

—Me refería exactamente a eso —respondió mientras apoyaba, de

nuevo, la cabeza en la ventanilla. La espantosa jaqueca que sufría al salir de casa sólo había ido a más. Había algo en ese pueblo. Algo que se escondía en la grieta, bajo tierra. Algo siniestro que le oprimía la garganta y el corazón y que le impedía respirar...

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Paul frunciendo el ceño con preocupación.

—Siento una ansiedad creciente desde que hemos llegado aquí. Es algo extraño, Paul. Algo oscuro y perverso. Me rodea, me sigue como una nube tóxica allí a dónde voy, se me mete en la boca y bajo la piel. Lo siento en el pecho, en las yemas de los dedos, en la lengua... Es como intentar nadar en alquitrán fundido. Aquí hay algo horrible a punto de estallar. No se trata de una intuición, es algo tangible, real. Es mucho más que una sensación, distinto a cualquier otra cosa que haya sentido antes... Mierda, no sé cómo explicarlo para que lo entiendas —repuso frustrada.

—Yo no he notado nada, pero no me hace falta para saber que es cierto: aquí hay algo. Algo perverso, sí —él la miraba inquieto, pensando, sin duda, en los dos chavales que habían metido en bolsas.

—Vámonos —dijo Rebecca cerrando los ojos, tratando de mitigar el palpitante dolor que se agolpaba en las sienes y el constante goteo de imágenes escabrosas. Quizá desayunar no había sido tan buena idea, después de todo. Quizá sus filtros para separar las cosas no eran tan fiables como ella pensaba... Ése pueblo. Ése puñetero pueblo y lo que había bajo la enorme grieta, palpitando al ritmo de un corazón. Es posible que, de creer en el infierno, lo hubiese imaginado así. Con la forma serpenteante de una brecha hendida en la misma tierra. Abierta, como una oscura y macabra sonrisa. Respirando el aire que le faltaba a ella.

Viva.

Despertó cuándo Paul la zarandeó con suavidad.

—Se te cae la baba. Hace cinco minutos que nos hemos metido en el coche...

—Sólo puedo pensar en meterme en la cama —y si la dejaban, es posible que lo hiciese muy pronto.

—Sí, necesitamos dormir urgentemente —él también estaba agotado. Todos lo estaban—. Hablamos con ésta gente, comemos algo, y si no hay nada nuevo nos vamos al motel.

Bajaron del coche y cruzaron la valla y el jardín hasta la puerta de los Hutcherson. Sobre el césped, perfectamente cortado, había una bicicleta. Paul también la miró al pasar, probablemente pensando lo mismo que ella. Que ese crío era el crío más afortunado de aquel jodido pueblo.

Se quedaron ante la puerta unos instantes.

—¿Sabes lo que necesitaríamos, Paul? —él la miró con interés, arqueando una ceja—. Alguien que se encargue de hablar con la gente. Alguien que haga estas mierdas, en lugar de una parapsicóloga. Quizá una psicóloga a secas.

A ninguno de los dos les gustaba tener que hacerse cargo de aquello. La gente que pasa por situaciones así tiende a desmoronarse, y ellos no

eran los más adecuados para tratar con emociones, que se diga. Por eso prefería mil veces tratar con cadáveres. Ellos no se desmoronaban. Ni tenían ya emociones de ningún tipo.

El irlandés la miró y asintió en un intento de infundirle valor. Rebecca carraspeó para aclararse la garganta y llamó a la puerta.

Al momento, escucharon unos pasos que se acercaban desde el otro lado.

Fue un hombre alto el que abrió. William, le habían dicho que se llamaba. Rondaría los cuarenta y cinco, con el cabello castaño ligeramente largo y rizado, que se levantaba por ciertas zonas despeinándolo. Algo que le recordó inmediatamente a Paul y que hizo que sintiese una simpatía instantánea por él. Sus grandes y oscuros ojos tenían un brillo inteligente.

—Ya hablé anoche con la policía —su tono era seco, indicando que no estaba dispuesto a pasar de nuevo por lo mismo. Sí, para su sorpresa, aquel tipo le cayó bien.

—Lo siento, señor Hutcherson —le dijo mostrando la identificación—, nos gustaría hacerle unas preguntas rápidas. Y hablar con su hijo, si fuese posible.

—Eso no va a suceder —respondió ignorando la mano alzada ante él.

—Serán solo unos minutos, se lo prometo —añadió Paul conciliador.

Él hizo una mueca tensa y se apartó para dejarlos entrar.

Pasaron hasta un salón bastante amplio y les hizo un gesto para que tomaran asiento. Paul y él se sentaron en las sillas que rodeaban una gran mesa, y ella permaneció de pie.

—Mi mujer está descansando —dijo con aire hastiado—, el doctor ha tenido que darle un calmante y preferiría no despertarla... Conocemos a esos críos desde que nacieron, ¿saben? Y a sus padres desde muchísimo antes. Han estado sentados aquí mismo en infinidad de ocasiones. Han dormido en la habitación, con mi hijo, y hace cuatro años pasaron la varicela los tres a la vez —paró a coger aire y respirar hondo. Ni Paul ni ella supieron qué decir, así que se quedaron callados esperando a que se recompusiese—Bien, ustedes dirán.

—De acuerdo. Voy a hacerle unas preguntas concretas, y quiero que piense muy bien las respuestas. Aunque le resulten extrañas —hizo una pausa, esperando a que el hombre asintiese para continuar. No parecía sentir ninguna curiosidad o expectación por la clase de preguntas que iba a responder, pero asintió igualmente, dispuesto a deshacerse de ellos de la manera más rápida posible—. ¿Ha sentido o notado algo raro durante estos días?

—Bueno, como ya le dije a la policía, no he notado nada diferente, aparte de lo obvio —dijo resoplando con impaciencia.

—Olvídese de todo el asunto y piense en... estados de ánimo. Sonidos extraños, olores. Comportamientos insólitos en sus vecinos o familiares... Algún detalle fuera de lo común que haya podido pasar por alto achacándolo a otra cosa.

El hombre meditó la respuesta durante un tiempo que se les hizo

eterno. Eso era bueno, significaba que se lo estaba tomando en serio.

—Mi hija no ha dejado de llorar desde que todo empezó, y no es un bebé que lllore con frecuencia. El perro de los vecinos se dio a la fuga aquella misma mañana. Puede que no suene raro, pero yo vi como Walt abría la verja y el animal salía desbocado como si lo persiguiese el diablo. Pensé que iba a morderle, estaba fuera de sí. En aquel momento aún no sabíamos nada, pero es evidente que el bicho sí. En cuanto a estados de ánimo... —se detuvo unos instantes buscando las palabras—. Siento una ansiedad que no es propia de mí. Pensarán que es debido a los recientes acontecimientos, pero no es eso. Es una sensación extraña. Extraña por ajena. No sé expresarlo mejor, lo siento...

—Esa ansiedad, ¿diría que proviene de usted, o de fuera? —Paul lo miraba fijamente.

—Eso es. Diría que proviene de fuera. Siento una ansiedad en mi interior que no es mía. Está aquí, rodeándolo todo. Va y viene, a veces es más intensa, y a veces casi ha desaparecido, pero siempre está aquí. Siempre desde que todo empezó. Desde el mismo instante en que abrí la puerta para recoger el periódico por la mañana, y vi a ese maldito perro salir disparado como si estuviese compitiendo en un canódromo... Algo se ha instalado aquí, en el pueblo, algo espeluznante y diabólico. Lo siento en las tripas.

Hicieron una pausa en la que Paul y ella se miraron significativamente. Sí, era exactamente eso lo que sentía desde que había llegado al pueblo. Exactamente eso...

—¿Ha hablado de esto con alguien más? ¿Alguien que sienta lo mismo que usted? —Paul hablaba sin apartar los ojos de ella.

—No he comentado esto con nadie. La gente ya está bastante asustada, especialmente tras lo de los chicos —dijo apretando los labios.

—Señor Hutcherson...

—Llámeme Bill.

No iba a llamarlo Bill. No iba a cruzar ninguna línea en la que pudiese establecer cualquier tipo de confianza o vínculo, por pequeño que éste fuese.

—Señor Hutcherson, ha sentido alguna... ¿necesidad? Algún fuerte y... extraño deseo... poco habitual...

—¿Se refiere a si he sentido la necesidad de comerme a mi familia, agente? —preguntó asqueado.

Oh, joder. Cerró los ojos, deseando con todas sus fuerzas retroceder en el tiempo para que aquella información no hubiese cruzado la maldita cinta amarilla.

Capítulo 5

Como decía Bob Dylan...

—Cuándo uno tiene muchos cuchillos y tenedores es inevitable que termine cortando algo —recitó Paul, refiriéndose a la situación general mientras se llevaba la hamburguesa a la boca. Ella asintió robándole una patata de su plato.

Habían salido de casa de los Hutcherson habiendo convencido a Bill de que le hiciese un favor a su familia y a sí mismo, metiéndolos a todos en el coche y llevándoselos lejos. Irían a casa de su hermana Lizzy, en Toronto. Probablemente los de operaciones especiales se presentarían en cualquier momento, como elefantes en una cacharrería, y ellos ya sabían muy bien de lo que eran capaces... Lo vieron de primera mano en Panamá. Se alegraba de que el hombre hubiese puesto tierra de por medio cuando llegasen al pueblo para invadirlo por la fuerza.

Suspiró agotada y se frotó los ojos con la mano. Necesitaban dormir. Llevaban despiertos más de veinticuatro horas, y eso sin contar la noche de mierda que ambos habían pasado antes de salir de Nueva York. También necesitaba una ducha. No sabía que escogería primero al llegar a la habitación... La cama. Joder, la cama. La ducha podría esperar un poco más. Esperar; se sentía impotente simplemente esperando. Esperando a que Emma diese con la solución a todo aquello. Esperando a que la ansiedad remitiese. Esperando que no sucediese nada nuevo y espeluznante. Esperando, esperando, esperando.

Mientras esperaba, la camarera trajo de vuelta su bistec. Sí, ahora sí. Sangriento como el infierno, como a ella le gustaba.

—Gracias.

Ella la miró como si hubiese escupido en la comida. Aunque claro, era lo que, al parecer, había hecho al pedir otro puto bistec. Iba a añadir algo al respecto, pero lo pensó mejor y se calló dejándola regresar a su imperio tras la barra, completamente ofendida. Era el sitio más cercano para comer y no le apetecía nada tener que buscarse otro. Cortó un pedazo de carne y se lo llevó a la boca. Sí. Ahora sí. Cerró los ojos mientras lo saboreaba, dejando a un lado aquella jodida sábana y lo que había bajo ella.

—Eso es repugnante —podía sentir la mueca de asco en la cara de Paul.

—Es delicioso. Deliciosamente extraño, teniendo en cuenta que esto es un cuchitril. Una deliciosa sorpresa —siguió diciendo sin dejar de masticar—. Estoy muerta de hambre.

—Si no hubieses mandado el primero de vuelta ya habrías terminado de comer.

—Si quisiese comer un pedazo de carne seca que me recuerde a la suela de un zapato sería exactamente eso lo que hubiese pedido, en lugar

de un bistec que sangre. ¿Ves esto Paul? —le preguntó señalando la carne mientras se cortaba otro trozo—. Es sangre. Mi bistec sí sangra ahora.

—Asqueroso.

—Perfecto.

—La historia de nuestra vida.

Y se echaron a reír.

Terminaron de comer y le hizo un gesto a la camarera para que les sirviese el café. Una bazofia aguada y decepcionante, pero pidió que les dejase la jarra. Iban a necesitar mucho café. Litros y litros de aquí a la noche.

—Rebecca... —Paul se removi6 inc6modo en la silla, rehuendo un instante el contacto visual—no me gusta nada la idea de bajar por esa grieta.

—¿Tienes una mejor? —pregunt6 arqueando una ceja—. Soy toda oídos.

—Mierda, no. No tengo ninguna mejor. ¡Es más, ni siquiera tengo una peor! —exclam6 malhumorado, pasándose distraídamente la mano por el pelo tratando de apartárselo de los ojos, intentando, sin conseguirlo, que se mantuviese en su sitio—. Pero no me gusta. No me gusta nada.

—Oye, lo sé... —apur6 el café intentando auto-motivarse—. Sé que es una idea horrible... Pero alguien tiene que hacer el trabajo sucio, por eso estamos aquí. Ahí abajo hay... *algo*.

—Bueno, eso es precisamente lo que me preocupa, ¿sabes? El "*algo*". Los algos nunca son buenos. Ni siquiera son regulares. Siempre son jodidamente malos. Y éste *algo* en particular se asemeja más de lo que me gustaría admitir a las siete plagas de Egipto, ¿me sigues?

—Las diez —lo corrigió, dejando que una sonrisa se descolgase por la comisura de sus labios.

—¿Cómo dices? —y el rizo rebelde volvió a caer sobre su ojo izquierdo. Y la sonrisa se hizo algo más grande.

—Digo que fueron diez las plagas de Egipto, no siete.

—Bueno, pedantilla sabionda —dijo Paul resoplando con fastidio—, después de las siete primeras habría que preguntarles si les importaban una puta mierda las tres restantes.

Pasaron un buen rato así, halando de cosas importantes, y también de cosas intrascendentes. Mezclándolo todo sin orden ni concierto. Más o menos como siempre. Haciendo tiempo para pasarse por el hospital a leer el informe del forense. Bebiendo café. El local estaba vacío -y así había estado desde que ellos entraron- y sentía los ojos de la camarera fijos en su nuca, cuando Paul mir6 el reloj y le hizo un gesto para que les trajese la cuenta. Ésta regres6 rápidamente dejando la nota frente a ella. Paul llev6 la mano hasta su cartera y Rebecca se lo impidi6 negando con la cabeza.

—Me toca a mí.

—Es verdad —dijo con aquella adorable sonrisa suya. Aquella sonrisa que hacía que las camareras siempre fuesen amables con él. La misma que podía hacer temblar las rodillas de cualquier chica. Puto irlandés,

pensó divertida.

Eran cerca de las siete. Habían hablado con Gary, que les había dicho que todo seguía igual: tranquilo y sin novedades. Ya habían decidido que por la noche los aparatos se quedarían a solas, haciendo su trabajo. Los agentes seguían vigilando la zona y ellos harían bien en descansar mientras pudiesen. Bueno, pensaba irse a la cama en cuanto saliese del hospital y esperaba que las cosas se mantuviesen así: tranquilas y sin novedades.

Al llegar allí estuvieron un buen rato esperando al médico forense encargado de la autopsia. No dejaba de ser curioso que ambos se sintiesen mucho más cómodos en aquel lugar frío, la morgue de un hospital, que entre las cálidas y alegres gentes de un bonito pueblo de Indiana, propuesto, tal y como les había contado con todo lujo de detalles la camarera –aunque sus orgullosas explicaciones iban más dirigidas a Paul que a ella– como candidato a *"Pueblos con Encanto"*. Un distintivo que, en su opinión, ese año ya no iba a llegar...

El forense resultó ser un hombre entrado en años, que debería estar retirado pero que, evidentemente, no lo estaba. Los miró por encima de sus gruesas gafas de pasta con un ojo, mientras que con el otro le echaba un vistazo a un montón desordenado de papeles que llevaba en las manos. Por suerte para él, parecía tener mucho más empaque que el hombre de Bloomington, además de un millón de años más.

—Supongo que querrán una copia —les dijo en un tono seco.

—Supone usted bien —contestó Paul.

Ambos se miraron unos segundos, y él rebusco entre todo aquel caos. Extrajo un sobre amarillo y se lo entregó.

—Louise Milton, nueve años. Causa de la muerte: insuficiencia respiratoria. Es lo que pasa cuándo el estómago está lleno y se sigue comiendo. Falta de aire y asfixia —explicó, al ver la expresión de sorpresa que debió aparecer en sus caras—. Tengo que admitir que nunca había visto algo así. Y como podrán deducir, he visto muchas cosas en todos estos años. Nuestro cuerpo está diseñado para que esto no suceda jamás. Sin embargo... lo más extraño no es eso —continuó—, el muchacho padecía una colecistitis aguda. Pero lo extraño de verdad –además de que no tiene edad de padecer nada semejante– es que casi podría jurar que su vesícula biliar estaba limpia como una patena ayer por la mañana. Y hoy estaba tan inflamada que hubiese muerto igualmente en cuestión de horas. En cuanto a su estómago...

Sus ojos descendieron de nuevo a los papeles, y Rebecca decidió que no quería oír en voz alta lo que ya sabía.

—Ya conocemos los detalles —atajó levantando una mano—, pudimos examinar los cuerpos antes de que los trajesen. Los dos cuerpos.

—Bien, sí. En ese caso, eso es todo —replicó con voz gélida—. Si tienen alguna duda, lean el informe.

Y así dio por zanjada la conversación, dejando claro que esperaba no

tener que volver verlos, ni a hablar con ellos nunca más.

Pasaron de comprar la cena y sacaron algunas de esas chocolatinas de máquina del hospital. La cama los llamaba con cantos de sirena. Y tras hablar de nuevo con Gary y comprobar que Emma había cedido en lo de dejar que los aparatos trabajasen sin ella, decidieron que era un buen momento para irse de cabeza al sobre. De camino repasó el informe sin encontrar nada nuevo o inesperado.

El motel era el típico, de habitaciones adosadas que dan al exterior. La suya y la de Paul estaban pegadas la una a la otra, algo muy cómodo, puesto que siempre iban juntos a todas partes. También se hallaba muy cerca de dónde estaban trabajando. Se despidieron ante sus respectivas puertas sin ceremonias, y una vez en el interior respiró hondo. Se quitó la chaqueta fina que llevaba para disimular las armas, soltó las fundas de éstas aliviada y las dejó sobre la mesilla de noche. Se lavó los dientes, se desnudó y se dio una ducha helada. Ducha. Al final ganó la ducha. Sólo pensaba en la cama, pero se sentía asquerosamente sucia y necesitaba aquello.

Después, por fin, se deslizó entre las sábanas. Y se quedó dormida antes de que su cabeza tocara la almohada.

* * *

Lo primero que sintió fue el desagradable tacto de la tierra arañándole los pies. Cuando bajó la mirada se dio cuenta de que estaba desnuda, caminando por la calle que llevaba hasta la grieta. Desde allí podía ver el cordón policial; la delgada línea amarilla que suele separar el reducido espacio que hay entre la cordura y la locura. Quiso detenerse, pero le resultó imposible. Sólo podía seguir andado. Andar y andar, clavándose las piedras en las plantas de los pies. Aquella ansiedad que la había acompañado durante todo el día había crecido, se había convertido en una especie de vibración que se amplificaba al acercarse más a la brecha. Tuvo que detenerse a pensar si esa vibración provenía de ella o del interior de la tierra, y no supo decidirse. Creció de una forma dolorosamente abrumadora al llegar al centro de la grieta, la parte más ancha, por dónde ella quería descender. Y lo haría. Joder si lo haría. Lo haría ahora mismo.

Bajó sujetándose a las raíces, que sobresalían de la inestable pared como miembros amputados. Y la vibración aumentó hasta sentirla en los huesos. En el tuétano. En lo más profundo de sí misma. La sintió en el pecho, en la garganta, en la cabeza, y también en los dientes, que entrechocaban unos con otros. Y siguió avanzando sin poder detenerse. O sin querer hacerlo.

Y pese a la oscuridad, supo encontrar el camino con facilidad. Como si lo hubiese recorrido un millón de veces. Y supo que no estaba sola. Había más gente con ella. No avanzaban, ellos ya estaban allí, esperándola. Y por encima de todo lo demás, su presencia. Una presencia femenina claramente definida. Cálida, reconfortante como una manta en

una noche de invierno. Una presencia que la llamaba. Y quiso correr hacia ella.

Y lo hizo.

Hasta llegar al mismo centro de todo. El principio de todas las cosas. De la vida y de la muerte. Donde ambas giraban bailando desenfrenadamente sin detenerse. Y allí estaba ella. La buscó, intentó localizarla con la mirada sin conseguirlo. Siempre escapaba de su campo de visión, escurriéndose antes de que pudiese alcanzarla. Hasta que se dio cuenta de que, quizá, no podía verla porque ella se hallaba en su interior. Estaba en todas partes, incluso allí. Especialmente allí. Y, por primera vez, se sintió plena. Era como albergar una vida. Algo importante.

Hasta que llegó el dolor.

El dolor que la desgarraba desde dentro.

Sin dejarla respirar.

Cayó de rodillas, doblándose sobre sí misma, jadeando. Temblando descontroladamente. Intentando expulsar aquello que la estaba partiendo en dos desde la cabeza hasta los pies. Y abrió la boca en una náusea convulsa y un montón de gusanos cayeron al suelo. Y siguió boqueando, sintiéndolos reptar por su esófago. Y caían más y más. Hasta que empezaron a devorarse entre ellos con la ferocidad salvaje con la que un león devoraría a una cebra. Otra bocanada más cayó cuando intentó gritar con todas sus fuerzas, pero sólo consiguió dejar salir el poco aire que le quedaba. Rodó por el suelo en un intento de recuperarlo, sin conseguirlo. Clavó los dedos en la tierra con fuerza.

Y fue cuando tuvo la absoluta certeza de que iba a morir cuando lo vio. Aquel enorme diapasón. El diapasón que marcaba el ritmo que emitía aquella horrible vibración. Hundido en las entrañas de aquella grieta, semienterrado, pero latiendo con la fuerza de un enorme y extraño corazón. Metálico y orgánico a partes iguales.

Y exhaló un último suspiro.

* * *

Despertó al escuchar los golpes en su puerta. No eran simples golpes, se corrigió; alguien la estaba aporreando con ganas.

—¡Paul!

Era Rebecca. Quien si no intentaría despertarlo echando la puerta abajo. Se levantó, se puso los pantalones sin molestarse en abrochárselos y abrió. Entró como un huracán, cayendo sobre él sin apenas darse cuenta, con los ojos desorbitados, el pelo revuelto y la boca desencajada en una mueca de terror.

—Oye —dijo asustado, tratando de sujetarla por los hombros sin conseguirlo—, ¿estás bien?

—Joder, Paul, ¿tengo aspecto de estar bien? Estoy todo lo contrario a estar bien, mierda. ¡Coño, estoy a un millón de años luz de estar bien!

Se paseaba por la habitación histérica. Caminaba de pared a pared como si no pudiese parar, temblando y frotándose los brazos con violencia, como si tuviese frío y pudiese prenderse fuego con aquel simple

roce. Un breve y desagradable recuerdo de sí mismo y tiempos pasados lo asaltó por un instante y lo hizo a un lado, apartándolo a aquel rincón de su mente cerrado con llave. Y francamente, ver a Rebecca en aquel estado era mucho más extraño que si se hubiese presentado en su puerta bailando claqué acompañada por toda una banda de jazz. Extraño de una forma aterradora.

—Vale, porque no tratas de tranquilizarte y me cuentas lo que...

—¡Tranquilizarme! ¡Maldita sea, Paul, dime como coño me puedo tranquilizar porque, sinceramente, veo complicado que eso suceda en las próximas décadas...! —se detuvo en seco fuera de sí y se giró hacia él, mirándolo fijamente—. Paul, ¿sientes eso?

No sentía nada. Nada además de la creciente sensación de pánico que le provocaba verla enloquecida de aquella manera, claro.

—No sé a qué te refieres, Rebecca...

—¡Esa vibración! Esa jodida vibración... —sus ojos se desviaron a la puerta, aun abierta—. Está por todas partes, Paul... ¡Por todas partes!

Se dirigía a cerrarla para evitar el alboroto cuando lo escuchó. Un disparo. Muy cerca de allí.

—Déjame adivinar de dónde ha venido —dijo con sarcasmo.

—La grieta... —el cambio fue instantáneo y ella pareció volver a ser ella de nuevo. El frío autocontrol se impuso al terror irracional; la profesional estaba de vuelta. La crisis había durado un minuto exacto. Y, joder, pensaba restregarle aquel pequeño instante de debilidad... el resto de su vida. Y tuvo que esforzarse para no reírse a carcajadas como si hubiese perdido el juicio, porque no había nada hilarante en un disparo en mitad de la noche. Más bien todo lo contrario. Se puso la camiseta y cogió sus armas. Fue al girarse para hacer un comentario mordaz cuando se dio cuenta de que estaba hablando solo. Rebecca se había ido, había regresado a su habitación, imaginó. Se había presentado allí sin pantalones, llevando únicamente una camiseta y la ropa interior, y sospechaba que ni se había dado cuenta.

Cuando salió, ella ya estaba en la puerta, vestida, ajustándose la funda de la glock en el costado, con las llaves del mustang en la boca. Corrieron al coche y Rebecca lo condujo como un misil scud con el temporizador enloquecido, lo que contribuyó a crispar aún más sus nervios ya perjudicados. Llegaron en menos de cinco minutos desde que sonase el disparo. Vieron el cuerpo de uno de los agentes en el suelo, y el otro... El otro estaba de pie, ante ellos, con su arma metida en la boca. Los miró con los ojos muy abiertos, como si no esperase a nadie y lo hubiesen pillado haciendo algo malo. Y disparó.

Joder, simplemente apretó el gatillo sin más y cayó al suelo como un muñeco de trapo.

Se bajaron del coche y corrieron hacia ellos. Estaban muertos. Los dos. El hombre que se había quitado la vida frente a las luces de los faros del mustang había matado a su compañero, el arma de éste no había salido de la funda de su cadera.

—Mierda —susurró Rebecca, que estaba en cuclillas con los dedos metidos en el cuello del tipo intentando buscar un pulso inexistente.

Se agachó a su lado, sacó la pequeña radio que llevaba el agente encima y pulsó el botón.

—Agente abatido. Repito. Agente abatido. Cambio.

Capítulo 6

Dejarlo todo atrás

Gage contemplaba su bicicleta con pesar desde la ventana. Su padre había dicho que no se la podía llevar. Sólo cosas imprescindibles, había dicho. Pero su bicicleta era imprescindible para él... Suspiró resignado y metió en la bolsa todo lo demás. Iban a Toronto, a casa de su tía Lizzy. Le gustaba su tía Lizzy. Había venido por navidad con aquel novio suyo, Edd, del que su padre decía que era un hippie barbudo que fumaba tabaco de liar y tocaba el bajo en el garaje de su hermana. Además, su tía lo llamaba "El Encantador de Gatos". Él ignoraba por completo el porqué, pero se moría de ganas de descubrir de qué manera encantaría Edd a los gatos, y qué es lo que estos harían una vez encandilados. Ciertamente, el novio de su tía era un tipo interesante. Gage había quedado fascinado por su extraño aspecto; tenía una larga barba pelirroja y llena de canas, mientras que su cabeza, cubierta de tatuajes, estaba completamente afeitada –como a él mismo le gustaba decir, no tenía ni un pelo de tonto–. Tenía también una colección de enormes anillos en los dedos: todo un surtido de dragones, serpientes y calaveras, que dejó que Gage se probase. Después chocaron los puños, como los tíos duros. Así, podía decirse que, a pesar de haberlo visto tan sólo una vez, Edd le caía bastante bien.

La tía Lizzy le gustaba, principalmente, porque no lo trataba como si fuese un crío. Y porque siempre le contaba cosas que su padre hacía a su edad. Todo tipo de asuntos turbios en los que se había visto involucrado, como cuando tiró aquellos petardos dentro de la casa de la señora Greene. Y la señora Greene era temible... Su padre decía que era como los dinosaurios, sólo que parecía resistirse a la extinción. Ya era vieja como el demonio entonces, cuando él era un niño, y ahora estaba tan arrugada que su cara apenas se distinguía. A Gage le daba un miedo terrible, sobre todo cuando se enfadaba. Y la señora Greene siempre estaba enfadada... Su tía también le había contado que una vez los pillaron, a él y a sus amigos, curioseando por la rejilla que da al vestuario de las chicas en el instituto, y que los habían llevado al despacho del tutor de la oreja. Algo muy humillante, porque su padre tenía ya dieciséis años, demasiados para recorrer el campus arrastrado de una oreja. Y estaba lo de las bombas fétidas en clase, y la anécdota que más le gustaba: el día en que robaron unas gallinas y las soltaron dentro del jardín de Rosie Sullivan. Aquella, le había dicho su tía, había sido la candidata a la peor idea del siglo. No se imaginaba a sí mismo haciendo todo aquello. Si se le hubiese ocurrido algo semejante, su padre le habría castigado de por vida y, probablemente, hubiese terminado con el culo tan escocido que hubiese tenido que comer de pie toda una semana. Es más, ni siquiera podía imaginarse a su padre haciendo todo aquello... Sin

embargo, a él le encantaba oír todas esas historias y muchas más, y siempre le pedía a Lizzy que se las contase. Además, también le encantaba oír refunfuñar a su padre cuando ella lo complacía. Y quizá Edd le pudiese enseñar a tocar el bajo... ¡Eso sería genial!

Todo eso era lo mejor de ir a Toronto.

Y estar lejos de casa. Lejos de aquel pueblo.

A veces, cuando miraba por la ventana, le parecía ver a Milton. Y entonces recordaba que ya no lo vería nunca más. Ni tampoco a Bobby.

Había escuchado a los Henderson, sus vecinos, hablando del *Incidente*. La señora Henderson le había dicho al señor Henderson que Milton se había cenado a Bobby, y que había comido hasta hartarse y que, después de eso, había seguido comiendo. Y luego su madre había salido y había llamado a la señora Henderson vieja cacatúa deslenguada, y ella se había puesto hecha un basilisco y le había dicho a su madre que era una grosera, y también algo que no había entendido muy bien. Y después había salido su padre, y le había dicho al señor Henderson que debería sacar a pasear a Martha (la señora Henderson), con un bozal y una correa, porque estaba claro que no sabía cuando tener la boca cerrada. Y todos habían gritado, y Gage pensó que se terminarían sacudiendo, como la vez que él y Milton se pelearon porque Milton dijo que los bizcochos de su madre sabían a rayos. Pero al final eso no sucedió, y cada uno se fue a su casa lanzando miradas furibundas a su alrededor mientras entraban.

Y luego aquella pareja, los Mulder y Scully de suburbio, como los había llamado su padre, habían ido a casa, y también los había escuchado desde lo alto de la escalera. Habían sido ellos los que le habían dicho a su padre que lo mejor era que se fuesen de allí. Y su padre pareció tener miedo. Y si al principio no estaba nada seguro de querer marcharse, fue eso lo que lo convenció: el miedo de su padre. Porque los adultos no tienen miedo de nada. Aunque Milton siempre decía que los adultos eran como los niños, pero con mucho estrés.

Pensar en él de nuevo lo desinfló como uno de aquellos bizcochos de su madre que, ciertamente, sabían a rayos –aunque aquella era una de esas cosas que su padre le había dicho que era mejor no hacerle saber, estaba en las reglas para no enfurecer a su madre. Y eran esas unas reglas que merecía la pena cumplir, porque su madre enfadada se asemejaba mucho a la señora Greene...-. La oía llorar desde allí. A su madre. Y también a Maggie. Ninguna de las dos había dejado de hacerlo desde el *Incidente*.

El *Incidente*, así llamaban a lo que había pasado. Y también a él le entraron ganas de llorar.

Su padre había pasado el día encerrado en casa, escuchando la radio local. La gente tenía miedo de salir a la calle. Tenían miedo de sus vecinos y, al parecer, alguien había asaltado el 7-Eleven de la calle principal. Habían hecho las maletas para salir al día siguiente, después de comer, pero algo espantoso había sucedido durante la noche. Algo que había impulsado a su padre a sacarlos de la cama para irse en aquel mismo instante. Había discutido con su madre, que no quería dejar solo el

invernadero. Él le había dicho que le importaba un bledo el invernadero, y que éste seguiría allí cuando regresasen, si es que lo hacían, pero que se iban a marchar antes de que todos se volviesen locos de remate. Lo veía ahora, desde la ventana —la misma desde la que Milton lo había llamado un millón de veces— amontonando las cosas en el maletero, y parecía tan seguro de sí mismo como siempre. Aunque, como bien sabía, el miedo seguía ahí, acompañando cada movimiento por mucho que tratase de ocultarlo.

—¡Gage, nos vamos! —gritó su madre.

Gage echó un último vistazo a su habitación. Había tantas cosas que no podía llevarse... Vio la pelota de béisbol de Milton y la cogió, guardándola también en su bolsa. Bajó las escaleras, salió de su casa y se metió en la parte de atrás del coche, junto a su hermana, a la que su madre ajustaba en la sillita para bebés.

—Abróchate el cinturón, cielo —le dijo con esa voz gangosa que se les queda a las mujeres cuando lloran.

Tenía los ojos hinchados y había dejado una caja de kleenex en el asiento. Miraba a su alrededor como lo había hecho él mismo hacía un momento, con los ojos empañados y un nudo invisible en la garganta. Un nudo que Gage también tenía. Después ella miró a su padre, y él asintió tratando de sonreír. Y ambos se metieron en el coche. Y se pusieron en marcha.

Una vez más, sus ojos buscaron la bicicleta tirada en el jardín. Y volvió a suspirar. Y las ganas de llorar regresaron con fuerzas renovadas.

Habían salido ya del pueblo, aunque no habían recorrido ni diez millas, cuando vieron a lo lejos el convoy militar. Pasaron y dejaron atrás uno a uno los camiones cargados de soldados, llegando a un punto dónde parecían estar cortando el paso.

—Gage, chaval —dijo su padre mirándole a través del espejo retrovisor—, si nos paran no quiero que hables. Ni siquiera si ellos te preguntan, ¿entiendes?

Gage asintió asustado.

Y los pararon.

Un hombre vestido de uniforme trucó en la ventanilla de su padre, y él la bajó.

—¿De dónde vienen? —le preguntó sin más.

—De Bloomington —mintió su padre. Era la primera mentira que le había oído decir en toda su vida, y eso sí que lo asustó. Lo asustó de veras—. ¿Suced algo?

—Nada que deba preocuparles —respondió el hombre, mientras repiqueteaba con los dedos en el marco de la ventanilla—. ¿A dónde se dirigen?

—A Asbury, en Pensilvania. Vamos al funeral de mi suegra —volvió a mentir sin pestañear, señalando con la cabeza a su madre que, aún llorosa, sorbía con ganas por la nariz.

Dos mentiras juntas en el mismo día. Su abuela, la madre de su madre, estaba, según decía su padre, gloriosamente enterrada hacía

muchos años. Gage no la había conocido, pero su padre también decía que lo mejor que había hecho por la familia aquella mujer había sido atragantarse con sus pastitas de té, sentada en su silla de estilo colonial (no mencionarle eso a su madre también estaba entre las reglas). A su lado, Maggie empezó a berrear con fuerza de nuevo, y el hombre se asomó para ver mejor la parte de atrás. Al ver a su hermana arrugó la nariz y sacó la cabeza del coche.

—De acuerdo —contestó tras pensar unos instantes—, continúen.
Y eso es lo que hicieron, dejarlo todo atrás.

Capítulo 7

Descenso a la locura

"Hay lugares que son míticos. Existen, cada uno a su manera. Algunos están repartidos por la superficie de la Tierra; otros existen en un segundo plano, tras la realidad tal y como la percibimos a través de los sentidos, como una capa de fondo.

Hay ciertas montañas, por ejemplo, que no son más que escarpadas rocas tras las cuales se hallan los confines del mundo, y hay ciertas cuevas en esas montañas, cuevas profundas, que ya estaban habitadas mucho antes de que el primer hombre empezara a caminar sobre la Tierra.

Y siguen estando habitadas."

-Neil Gaiman-

La vibración se había detenido una milésima de segundo antes de que el cuerpo tocara el suelo. Había sabido entonces, con una absoluta certeza, que aquel hombre estaba muerto. Bueno, si te vuelas la puta cabeza con una 9mm la muerte suele ser la consecuencia más inmediata. Pero lo que quería decir, a lo que ella se refería con todo aquello de una absoluta certeza, es que lo había sentido en lo más profundo de su interior. El reloj de aquel tipo se había parado. Punto. Y eso era lo más espeluznante que había sentido en toda su vida. Y, joder, en su vida había cosas espeluznantes como para parar un tren. Paul no apartaba sus escrutadores ojos azules de ella.

—Se ha detenido. La vibración —añadió al leer la pregunta en su rostro—, se ha detenido.

—Eso no me consuela... —dijo Paul, con una voz siniestra que quedaba totalmente fuera de lugar en él—. ¿Qué vamos a hacer?

La miraba expectante, esperando que tomara una decisión.

—Haremos exactamente lo que teníamos pensado hacer.

Resultó que no faltaba tanto para el amanecer cuando se desencadenó todo aquello. Un amanecer gris que se extendía por todo lo que tocaba, como si alguien le hubiese dado al botón de desaturar. Y más policía, y más ambulancias. Les tomaron declaración. La declaración más breve de la historia de las declaraciones, porque no había gran cosa que declarar. Mientras estaban por allí, ella le contó a Paul toda aquella historia bizarra que se había cocido en la habitación del motel.

—¿Sabes qué es lo peor? —él negó con la cabeza, perdido en sus propias cavilaciones, sin decir absolutamente nada—. Lo peor es que nosotros somos como esos gusanos. Nos devoraremos unos a otros mientras esa hija de puta siga ahí abajo. Eso es lo que la alimenta. Y sabe que vamos a ir. Lo sabe, Paul... Y tiene hambre... hambre de nuestro miedo.

—*No debes preguntarte jamás por quién doblan las campanas...*

—...*Doblan por ti* —terminó ella—. Es demasiado temprano para citar a Donne, ¿no?

—Nunca es demasiado temprano para él —respondió lacónico.

Paul se estremeció involuntariamente, y tuvo que reprimir el deseo de abrazarlo muy fuerte. Los tipos duros no hacen esa clase de cosas. Al menos no en público. Aunque en realidad el abrazo no era para él. Era para sí misma. Necesitaba uno urgentemente; uno de oso, que le quebrase las costillas y le hiciese poner los pies sobre la tierra.

—Es hora de ir a por los demás —dijo en cambio—. Ve al motel y ponlos en pie si es que no se han levantado ya, que será lo más probable. Que lo recojan todo y lo carguen en la furgoneta. Quiero que Emma revise el equipo y, después, cuando no haya nada de lo que hablar, que lo recoja también. Cuando todo esté empaquetado y listo para largarnos de aquí cagando hostias, bajaremos.

—Eso nos deja una hora, más o menos —repuso Paul calculando mentalmente todo aquello—. Pensaré en lo que debemos llevarnos.

—Necesitaremos a *las niñas*.

Las niñas, era como Rebecca llamaba a los explosivos pequeños de Paul. Había algo que se le daba jodidamente bien, además de las armas: los explosivos. Su paso por el IRA le había permitido dar rienda suelta a esa faceta destructiva suya. Y sabía de aquello. Sabía construirlas, montarlas y desmontarlas con los ojos cerrados. Sabía qué necesitaba exactamente para cada ocasión, mejor de lo que un jefe de protocolo podría aconsejarte sobre qué tipo de traje ponerte en una fiesta de etiqueta de la realeza. Ese era el auténtico talento de Paul. Y también su maldición. Porque, según sostenía firmemente, una bomba se crea con el único propósito de hacerla estallar. De lo contrario el trabajo no tiene ningún sentido. Y aquel era un hombre que necesitaba encontrarle sentido a las cosas. Cuando sus manos trabajaban con cuidado, acariciando con la habilidad y la dedicación de un amante, aquellos ojos azules adquirían un tono mucho más profundo. Un tono de desesperación. Y después de darle rienda suelta a su faceta destructiva, llegó el momento de darle rienda suelta a su faceta autodestructiva. Una faceta que arrastró durante muchísimo más. Porque cuando haces cosas que no están en tu naturaleza y despiertas un día en medio de todo eso... Sólo queda un inmenso vacío, el odio hacia uno mismo y... pagar el precio. Habían pasado siete años. Siete años desde que Gavin y ella lo trajesen de vuelta al mundo de los vivos. Pero alguien que ha vivido en el filo de la navaja durante tanto tiempo, nunca deja de hacerlo del todo. Oh, Paul... No debes preguntarte jamás por quién doblan las campanas... Paul necesitaba aquello. Era la válvula de escape para no estallar en mil

pedazos. Exactamente igual que ella. Ninguno de los dos podría dedicarse a otra cosa. Ninguno de los dos podría dedicarse a algo... *normal*. Y suponía que era exactamente por eso por lo que despreciaba de aquel modo a Emma. Ella no era así y, sin embargo, se empeñaba en escupir a contraviento, sin ni siquiera saber que todo le iba a caer en la cara antes o después. Y ella también terminaría pagando el precio. Eso era algo seguro. Seguro como el sol que sale por las mañanas, aunque en ocasiones las nubes traten de ocultarlo. Emma la dulce no era, ni por asomo, compatible con el resto del equipo. Josh tampoco, pero la diferencia radicaba en que él sí sabía de sobras dónde coño se estaba metiendo cada vez que subía a la furgoneta. Aunque lo hiciese totalmente acojonado, sabía dónde coño se estaba metiendo. Su motivación era puramente económica. Y esa siempre es la motivación equivocada, porque cuando te meten una bala en la cabeza, el dinero deja de tener sentido.

* * *

Emma comprobó las lecturas una vez más. En torno a la hora en la que los agentes habían muerto, la aguja había subido y bajado a un ritmo frenético. Se había vuelto completamente loca. Es más, se había salido del papel. Nunca había visto unos gráficos como aquellos. La actividad había sido salvaje. Pero aún así... no tenía las respuestas. No había absolutamente nada que pudiese decirles. Nada. Derrotada, comenzó a desmontarlo todo. Rebecca se acercó y les hizo un gesto a los demás para que hiciesen lo mismo.

—Yo voy a bajar, no voy a obligar a nadie a que venga conmigo. Es más, preferiría que nadie viniese conmigo pero, ésta vez, no voy a deciros lo que debéis hacer.

Paul se encogió de hombros, como si ese gesto lo explicase todo, y Gary se cruzó de brazos, dando a entender que no pensaba objetar nada al respecto. Irían a dónde ella fuese, sin reservas. Y eso le dolió. De igual manera que le dolía que Rebecca hubiese tenido razón desde el principio, y que todo aquel carísimo equipo hubiese resultado absolutamente inútil.

—Yo también bajo. Quiero ver qué es lo que hay ahí.

Josh le dirigió una mirada muy elocuente. Lo habían hablado en la habitación y no estaba de acuerdo con aquello. No quería que bajase pero, sospechaba que, por encima de todo, lo que no quería era tener que bajar él. Y que ella lo hiciese... lo ponía en el compromiso de tener que acompañarla. Tenía miedo. Y no era malo tener miedo, pero que lo intentase camuflar de preocupación —de preocupación por ella—... era algo que la había pillado por sorpresa. Hubiese preferido mil veces que él decidiese quedarse solo arriba, reconociendo que no tenía ningún interés en ir. Hubiese preferido mil veces más que él la siguiese allá a dónde fuese, sin reservas. Tal y como Paul y Gary seguirían a Rebecca. Josh tardó unos segundos eternos en asentir, sin apartar la vista de ella, y no pudo evitar sentir un ramalazo de culpabilidad. No podía obligarlo a ser lo que ella quería que fuese, y es posible que, además de culpable, se empezase a sentir también un poco egoísta por albergar ese tipo de

pensamientos. Lo conocía lo suficientemente bien como para saber que si le pedía que no viniese, él se lo tomaría como una afrenta. Era como decirle a la cara que era un cobarde. No había forma de acertar con aquella situación. Suspiró resignada y decidió que todos eran adultos, y que él debía también tomar sus propias decisiones. Aunque éstas no fuesen las correctas.

—De acuerdo entonces —dijo Rebecca—. Terminad de recoger el equipo y al lío.

* * *

Josh silbó al asomarse por encima de su hombro al maletero del coche.

—Joder, ¿siempre lleváis todo eso ahí?

—Nos gusta el sexo seguro —contestó Paul, cerrándolo bruscamente tras sacar la mochila.

Muchas veces Rebecca y él salían solos, sin la furgoneta, y en ése maletero estaban todas aquellas cosas que les daban seguridad. La seguridad era importante. El noventa por ciento del trabajo era seguridad. Lo demás, estaba en el diez por ciento restante.

—¿No hay nada para mí ahí dentro? —preguntó Josh.

—¿Has utilizado un arma alguna vez? No quiero ser el responsable de que te disparen en un pie, Josh —dijo tras ver en sus ojos una respuesta negativa que ya tenía muy clara—. O peor, de que le disparen a alguien accidentalmente. Lo tuyo son los aparatos, no las armas...

Él le lanzó una mirada de fastidio, pero no dijo nada más. Paul se cargó la mochila al hombro y fue a reunirse con Rebecca, dejándolo refunfuñando a solas.

Estaba molesta. Habría preferido ir sola. O con él. A lo sumo, también con Gary. Pero nunca tenemos todo lo que queremos. Así que ahora, estaba molesta. Él tampoco hubiese querido llevarse a la pareja feliz. Pero nunca tenemos todo lo que queremos, ¿verdad?

—¿Estás bien? —le preguntó, asegurándose de que ninguno de los demás estaban lo suficientemente cerca como para escucharlo.

Ella asintió y le sonrió para tranquilizarlo. Una sonrisa que no pudo devolver, porque no estaba nada tranquilo. Rebecca estaba convencida de que no iban a necesitar armas, sólo los explosivos, pero los tres las habían cogido igualmente. Confiaba demasiado en aquel sueño que había tenido. Eso estaba bien. Él confiaba en sus armas. Y Gary también. Y la clase de gente que va armada a la compra, no suele dejarlas a un lado para meterse en la boca del lobo.

Tomaron el camino por el tramo más ancho. Bajaban en fila india, sujetándose a las raíces que sobresalían de la tierra revuelta. El suelo era estable y el descenso fácil. Aún así, Josh resbaló un par de veces, haciéndolos temer que los arrastrase con él en una caída. No había querido ir el primero, por supuesto, así que Rebecca lo había obligado a ir

tras ella, en segundo lugar. Justo delante de Emma, que llevaba un aparato en la mano del tamaño de un mando a distancia de los grandes. Él quiso cargar con el trasto para que pudiese sujetarse mejor, ya que no estaba acostumbrada a moverse por ningún sitio que no estuviese perfectamente asfaltado, pero ella rechazó el ofrecimiento alegando que podía hacerlo sola. Quizá si lo decía en voz alta las veces suficientes, terminaría por creérselo.

Una vez abajo avanzaron durante unos cinco minutos, siguiendo la brecha desde allí, hasta que Rebecca los llevó directos a una entrada estrecha y semioculta entre las paredes. Joder, sí que sabía a dónde iba. Y eso le puso la piel de gallina. Confiaba en ella, no es que no se hubiese creído lo del sueño, pero creerlo y verlo eran dos cosas muy distintas. Aquello quería decir que la hija de puta estaba ahí abajo. De verdad. Él había querido pensar que Rebecca se equivocaba. Pero se había estado engañando porque desde que la conocía... Rebecca nunca se había equivocado.

Tuvieron que caminar agachados un buen trecho y cuando se hubieron alejado lo suficiente, encendieron las linternas. La oscuridad no era total, algo de luz se filtraba por algunos de los agujeros del techo. O del suelo, si estabas ahí fuera. Aún así, las linternas eran necesarias. Emma iba moviendo el enorme mando a distancia de un lado a otro, buscando algo. Entonces llegaron a una cavidad más amplia, dónde pararon un momento para que ella pudiese examinar mejor el entorno. El aparato emitía ruiditos, como los de un transistor que se ha quedado sin señal. Supuso que eso no era bueno, por eso, y porque ella, frustrada, negaba con la cabeza todo el tiempo. Hasta que empezó a sonar de otra forma. Con el sonido rítmico de los latidos electrónicos de una de esas máquinas de hospital a las que te conectan para seguirte el pulso.

Y fue entonces cuando escuchó las voces. No eran esa clase de voces que un esquizofrénico escucha en el interior de su cabeza. No. Realmente, estaban dentro de su cabeza, arrastrándose... Se deslizaban, ponzoñosas, por el linde de la cordura, dejando una fría estela de todo tipo de pensamientos desagradables a su paso. Pensamientos a los que le resultaba casi imposible resistirse. Lo acariciaban pegajosos, lo envolvían, lo atrapaban como si de una gigantesca tela de araña invisible se tratase. Caían unos sobre otros, produciendo sonidos que lo enloquecían por completo. Porque joder, se metería una bala en la cabeza sólo para sacarlos de allí, comprendió. Pero no querían que lo hiciese. No aún. Y de fondo escuchaba el aparato de Emma, que se había vuelto completamente loco. Pero a ella parecía no importarle ya. Vio a Rebecca, inmóvil, y sintió el deseo irrefrenable de saber cómo sonaría su piel al desgarrarse. El sonido de aquellos frágiles huesos al romperse bajo el contacto de sus manos. El sabor de su carne en la boca... Oh, joder, si hubiese traído el cuchillo... Se pasó la lengua por los labios... y le pareció que tenía la garganta reseca... Oh, Dios... oh... si hubiese traído el cuchillo, pensó mientras avanzaba hacia ella...

El sonido de un disparo lo sacó de allí a medias. Podía escucharla, en alguna parte. Rebecca, era Rebecca. Lo llamaba, podía verla, pero de una

forma totalmente distorsionada. Desenfundó el arma que llevaba en el costado y la pegó a su pierna, esperando, con la cabeza ladeada, en un intento por concentrarse. Le costaba tanto concentrarse en algo que no fuesen las voces... Dos siluetas se abalanzaron sobre Rebecca en un silencio sepulcral. La golpearon con una brutalidad salvaje. Quiso resistirse a aquel impulso que se abría camino en su interior. El impulso de unirse a ellas. Parpadeó varias veces intentándolo. Lo intentaba con todas sus fuerzas mientras su mente se hacía pedazos. Luchaba contra la realidad, y la realidad era que quería destrozarla. Oh, Rebecca. Destrozarla de todas las formas posibles. Levantó el arma y apuntó. Jesús... Necesitaba disparar... Lo deseaba tanto...

En el último momento consiguió mover el brazo alejando el cañón de la mujer. El estallido de la pistola volvió a despejarlo unos instantes. Josh hizo a un lado su interés por Rebecca y se volvió hacia él. Lo embistió con fuerza y ambos cayeron al suelo. Y Paul dejó salir todo aquello que llevaba dentro. Volcó en él con furia toda la violencia contenida, y fue como ver la escena de una película muda. Como si eso lo estuviese haciendo otra persona. Todo envuelto en ese absoluto silencio de muerte. Rodaron hasta que quedó sobre Josh y dio rienda suelta a sus puños. Hasta que alguien lo golpeó en la cabeza. Emma. Lo golpeó con el aparato que llevaba en la mano. Una y otra vez. Hasta que él se la sacó de encima devolviéndole los golpes con la culata del arma que, sorprendido, descubrió que aún tenía en la mano. Y ella por fin se quedó ahí, quieta, sin ofrecer ya resistencia alguna. Los acontecimientos se sucedían en un desfile delirante, uno tras otro, transcurriendo como a cámara lenta. El tiempo se dilataba y se deshacía, pegándose a las yemas de sus dedos y resbalando junto a la sangre. La luz de las linternas, ahora tiradas por el suelo, lo hacía todo aún más irreal. El deseo. El deseo seguía allí, impidiéndole pensar con claridad. Le costaba respirar y jadeaba agotado. O pensó que lo hacía, porque todo le resultaba lejano, como en un sueño febril.

Buscó con la mirada a Rebecca y a Gary, y los encontró enlazados, cuerpo contra cuerpo. Como pudo se levantó, se quitó la mochila y la tiró al suelo. Y se lanzó sobre el hombre, que trataba de estrangular a Rebecca y lo estaba consiguiendo. Lo aprisionó entre sus brazos, apretando, y se separaron de ella. Lo tiró al suelo y lo aferró también con las piernas. Gary no parecía interesado en él ni lo más mínimo. Sus ojos estaban fijos en Rebecca. Y podía comprenderlo, y compadecerlo por hallarse tan lejos de la mujer. Porque sabía que ambos estaban imaginando todo aquello que podrían hacerle. Rebecca. Y desde dónde estaba trató de ver si ella aún se movía.

Estaba tumbada en el suelo, de lado. Parecía respirar, y se giró lentamente hacia él y lo miró. Una mirada suplicante que lo volvió loco de placer. Dejó de centrarse en Gary, que se revolvía frenético y levantó el arma apuntándola a ella. Y quería disparar. Quería hacerlo, lo deseaba más que nada en el mundo... pero no lo hizo. En cambio, aumentó la presión sobre el hombre y le dio una patada a la mochila, acercándosela. Ella la cogió, y lo miró de nuevo. La mano con la que la apuntaba tembló y supo que dispararía una vez más, y que esta vez no podría resistirse ya.

—¡Corre! —se escuchó rugir con voz rasposa. Una voz ajena que le costó distinguir como propia.

Y ella se puso en pie con dificultad y corrió. Corrió saliendo de allí y se perdió en la oscuridad.

* * *

La vibración había aparecido de repente, intensa, pillándola por sorpresa. Había pasado de cero a cien en menos de un segundo, y casi cayó al suelo sin aliento de la impresión. Los demás parecían haberse quedado sin baterías. Suspendidos en el tiempo, sin mover un sólo músculo, en un silencio sepulcral. Hasta que se dio cuenta de que aquel silencio era el mismo silencio embasado al vacío del exterior. Sólo que allí dentro tampoco parecía escuchar ni los sonidos que ella misma emitía. No era capaz, por ejemplo, de escuchar su respiración acelerada. Mucho más tarde, cuando estuvo fuera de nuevo, no supo decir cuánto tiempo pasó así, inmóvil, tan sólo contemplando a los demás. Sin ser capaz de decidir qué hacer. Le costaba pensar; las cosas se le iban de la cabeza tan rápidamente como llegaban, sin darle tiempo a masticarlas. Era una sensación de absoluto desasosiego. Sabiendo que pasaba algo, pero sin poder hacer nada al respecto. Hasta que vio esa extraña mirada en los ojos de Paul. Se acercó a ella y la sangre se le heló en las venas.

Sacó la glock y disparó al aire. Paul pareció reaccionar, aunque no como ella hubiese deseado. Una capa de sudor le cubría la frente, tenía los ojos vidriosos y parecía completamente febril. Él desenfundó también sin apuntar a nadie, con el arma pegada a la pierna, a la espera. Parecía concentrado en algo, y estaba casi segura de que no la veía. Lo llamó, pero él hizo caso omiso. Estaba completamente perdido... La vibración creció. Creció hasta casi sentir como sus costillas chocaban las unas con las otras, aunque sabía que aquello era imposible. Era como sentir que todo su cuerpo se iba licuando lentamente. Un golpe seco en la cabeza la dejó mareada.

Estaba tan concentrada en Paul que no se dio cuenta cuando Gary y Josh se le echaron encima. Tras ése primer golpe tuvo que esforzarse para no caer al suelo. Imaginó que Josh la había sacudido con la linterna que llevaba en la mano. Ambos la golpearon repetidamente mientras ella, aturrida, trataba de cubrirse. Uno de los dos, no supo cual, la sacudió varias veces en las costillas, rompiéndole alguna. Gary le estampó el puño en la cara, y sintió que la mandíbula le estallaba. Miró a Paul en un intento de hacerlo volver de dónde quiera que estuviese, pero todo lo que consiguió fue que la apuntase con su arma. Y en el último instante, vio como la desviaba y disparaba. Josh se le encaró dejándola a solas con Gary, y aprovechó la ocasión para empujarlo con todas sus fuerzas, intentando desequilibrarlo. Pero no lo consiguió. Se abalanzó sobre ella de nuevo asiéndola del cuello, arrastrándola por la pared. Rebecca le dio una patada, y después otra más. Y otra. Y él parecía no sentir nada en absoluto, porque no aflojaba la presión. La tiró al suelo y se sentó a horcajadas sobre ella, con las manos aún sobre su garganta, apretando...

Quiso dispararle con la glock, que aún sujetaba firmemente, pero él le había inmovilizado los brazos con las rodillas. Pensó que aferraba el arma por puro instinto, como cuando te lanzas en caída libre y tienes que agarrarte a algo, a lo que sea... Y le pareció que aquel sería su último pensamiento.

Lo estaba empezando a ver todo negro cuando Paul le quitó a Gary de encima. Lo retuvo abrazándolo por el pecho con una fuerza desesperada, en un contacto que duró unos segundos pero que a ella le parecieron horas. Hasta que Paul se impulsó hacia atrás y ambos cayeron. Gary seguía con la vista fija en ella y Paul le hizo una llave con las piernas, dejándolo prácticamente paralizado. Y pensó aliviada que Paul volvía a ser él mismo, hasta que éste levantó la mano con que sujetaba el arma, apuntándola de nuevo. Y entonces lo comprendió: si Paul disparaba, no sería capaz de impedirselo. No sería capaz de dispararle a él. Y se quedó allí, tirada en el suelo como una imbécil, esperando que Paul se encontrase ahí dentro, en alguna parte. Deseando que reaccionase de alguna forma.

Y lo hizo.

Le dio una patada a su mochila, acercándosela. Ella se levantó torpemente y la cogió, y Paul habló, pillándola por sorpresa.

—¡Corre! —le gritó. Y su voz era ronca y distante, como si no estuviese allí. Como si aquella lastimera y solitaria palabra escapase por la boca de un perfecto desconocido.

Y corrió.

Y el disparo sonó tras ella, pero no se volvió para ver lo que estaba sucediendo.

Salió de allí sabiendo exactamente lo que tenía que hacer para terminar con aquella locura. Corrió repitiendo el mismo camino que hiciese ésa misma noche, en el sueño. Tenía el labio partido y el ojo derecho estaba completamente cerrado. Había varias costillas rotas y el simple proceso de inhalar y exhalar le costaba la vida. El aire ardía en sus pulmones como si se hubiese tragado un lanzallamas. Nunca antes había estado tan cerca de morir estrangulada y no había sido agradable, aunque eso contribuyó a aclararle la mente. Al menos durante el tiempo suficiente, porque ahora mismo la sentía embotada de nuevo. No se había llevado la linterna, que se le había caído al suelo mientras peleaba con Gary, pero descubrió que tampoco la necesitaba. No parecía haber tanta oscuridad como en la zona amplia de la caverna dónde se había desatado el caos.

Los últimos metros se le hicieron eternos. La vibración era tan intensa que, al igual que en el sueño, pensó que iba a partirla en dos, y se llevó las manos a la garganta esperando que no hubiese nada trepando por ella. Vio el diapasón y, en el centro de éste, una especie de bolsa palpitante que recubría algo. A ella. Aquello era el vórtice de todo un engranaje. Un subconsciente colectivo manipulado por una única entidad. Y las grietas de la cordura se abrieron bajo sus pies dejándola caer por

allí.

Despertó sobre la tierra húmeda. Había llovido, y el aire tenía ese olor a tormenta que impregna todas las cosas. Sentía dolor, pero de una forma lejana y ajena. Y lo agradeció. Se incorporó para ver dónde estaba. Era la grieta, pero en la superficie. Estaba fuera. Volvía a ser de noche y la atmósfera tenía un aspecto tan irreal que le hizo preguntarse si no estaría soñando de nuevo, aunque el tacto bajo sus manos era demasiado auténtico como para que fuese un sueño. Todo lo que la rodeaba era demasiado vívido. Todo salvo aquella iluminación fantasmal. Y el hecho de que no hubiese nadie por los alrededores. Tampoco podía ver las casas de las inmediaciones. La grieta se extendía ahora hasta dónde le alcanzaba la vista. Y sintió la ausencia de la vibración como la propia muerte de un ser querido. De una forma mucho más tangible y dolorosa que algo meramente físico. Se sintió completamente sola.

Se levantó y caminó un trecho. Nada cambiaba, la vista era exactamente la misma. Corrió. Y después, siguió corriendo. Y corrió aún más, y más deprisa. Corrió durante lo que le parecieron décadas hasta que, por fin, llegó a alguna parte. O a ninguna. El final de todo. La grieta se amplificaba hasta el punto de perderse en un vacío que le pareció infinito. La Nada más absoluta se extendía ante sus ojos. Caminó por el borde, agotada y desesperada, y a lo lejos pudo observar el primer cambio significativo en aquel oscuro paisaje.

Cuando se hubo acercado lo suficiente pudo distinguir que eran tumbas lo que veía. O así se lo pareció a ella, puesto que no había lápidas que las señalasen como tal. La tierra se amontonaba tomando aquellas formas ovaladas y sintió el impulso de cavar, así que se acercó a la primera y lo hizo. Con las manos desnudas separó la tierra revuelta y húmeda. Y cuanto más profundo hacía el agujero, más fuerte era su necesidad de llegar hasta el fondo. Hasta que tocó algo que no era tierra. Una bolsa de plástico, similar a las que habían utilizado para meter los cuerpos de los niños la mañana anterior. Buscó el cierre, dando por sentado que había uno, y lo encontró en un lateral. Y al abrirla no pudo soportar la visión de lo que aguardaba en su interior.

Era Paul, y sus ojos sin vida la miraban acusadores. Siempre imaginó que ambos terminarían de la misma forma, en el interior de una de esas bolsas de plástico, probablemente de forma violenta y prematura. Pero una cosa era imaginarlo, y otra muy distinta tenerlo delante. Miró a su alrededor: sabía quiénes estaban enterrados allí, bajo aquellos montículos. Bajo todo aquel montón de tierra sin nombres. En las tumbas sin lápidas. Podía recordarlos a todos, eran sus compañeros. *"Hasta que la muerte nos separe"*. Ése habría sido un lema perfecto para rubricar toda una vida de trabajo duro. Paul tenía la boca abierta llena de tierra, que ella intentó retirar. Esa idea se convirtió, repentinamente, en una nueva obsesión. No podía permitir que él se ahogase de aquel modo, aunque ya no sintiese nada. Porque Paul estaba muerto. Muerto. Y eso hacía que todo dejase de tener sentido para ella. Consiguió liberarlo hasta el pecho

para poder levantarle la cabeza, y la acunó en sus manos con suavidad. Y lloró. Le cerró aquellos ojos azules que le había llevado tanto tiempo comprender y se puso en pie para caminar, de nuevo, hacia la Nada. Por fin sentía la mente clara y despejada, y una fría determinación se abría paso en su interior. Y cuando se encontró en el borde del abismo, quiso saltar. Quiso que la tragase para siempre.

Y fue entonces cuando escuchó el disparo. Sonó lejano, pero seguro. Y se aferró a eso con todas sus fuerzas. Y tras unos breves segundos, sonó el siguiente.

Y eso bastó para despertarla.

Se miró las manos con atención. Estaban cubiertas de tierra y, a su alrededor, todo estaba cambiando. Seguía en la caverna, justo delante del diapasón. La vibración había vuelto más fuerte que nunca, y también el dolor. La bolsa que había en el centro se retorció convulsionándose en una sucesión de contracciones. Sin pararse a pensarlo y haciendo caso omiso a sus deseos de salir corriendo de allí, sacó la Python de su funda en el costado, apuntó al corazón gelatinoso que tenía delante y disparó. Le vació el tambor. Las seis balas. Dejó aquel saco amniótico como un colador. Se acercó aún más para comprobar si había dejado de palpar. La vibración había remitido considerablemente, así que supo con certeza que, realmente, podía hacerle daño. La bolsa chorreaba un líquido oscuro y asqueroso que apestaba, sin embargo, aquello seguía latiendo.

Extrajo los explosivos de la mochila de Paul, deseando ser capaz de hacerlos funcionar. Sabía lo justo, pero nunca había tenido que colocarlos. Eran explosivos líquidos, indetectables para los perros y los dispositivos electrónicos. Se accionaban haciéndoles pasar corriente eléctrica a través del detonador, que estaba en un bolsillo a parte, en la mochila. Básicos, y aún así le costó darse cuenta de dónde metérselo. Le temblaban las manos y sólo podía pensar en lo que había dejado ahí atrás. En Paul. Se maldecía por no ser más rápida. La bolsa se removió un poco más, como inquieta, haciendo gotear ese lodo por todas partes.

—Sí, zorra, es exactamente lo que parece —susurró, sintiéndose extrañamente orgullosa.

Terminó de colocarlos. Tres cargas. Y esperó que fuesen suficientes. Corrió de vuelta por dónde había venido, y al girar la segunda esquina accionó el detonador. La explosión fue bestial; el suelo tembló y se sujetó a las paredes de tierra, de las que se desprendían piedras y polvo. Algunas zonas del techo cedieron y tuvo que apartarse para que no le cayeren encima. Se quedó allí parada unos segundos, esperando. Hasta que aquella jodida vibración desapareció, y volvió a verlo todo con total claridad. Las nubes de su cabeza se disolvieron por completo: estaba hecho.

Cuando llegó a dónde estaban los demás se le cayó el alma a los pies. Josh estaba muerto, con la cabeza completamente destrozada. Emma, que tenía un hematoma enorme y sanguinolento en la sien, la acunaba en sus brazos, llorando. Gary estaba algo más allá, con un

agujero de bala en la frente. Paul, sentado contra la pared, respiraba con dificultad. A su alrededor todo estaba lleno de sangre. La suya, dedujo. Se oprimía una herida en el abdomen, pero estaba tan débil que no hacía la fuerza necesaria para contener la hemorragia.

Se lanzó sobre él tratando de ignorar todo lo demás y lo recostó en el suelo, apartándole la mano. Le retiró la camiseta pero sangraba tanto que no pudo ver absolutamente nada. Parecía una herida fea. Apretó con fuerza.

—Vamos, Paul, no me jodas... —el irlandés la miró y no dijo nada. Únicamente frunció el ceño y suspiró. No supo discernir si lo hizo por alivio o porque se había rendido.

No podía hacer nada por él allí, tenía que sacarlo. Y tenía que hacerlo enseguida.

Pensó. Buscó a su alrededor tratando de discernir cual era la mejor opción. No podía mandar a Emma a buscar ayuda; no podía confiar en qué la mujer, en su estado actual, se diese la prisa necesaria. Ni siquiera podía confiar en que encontrase el camino, o en que, una vez fuera, fuese capaz de volver a por ellos y en lugar de eso saliese corriendo sin mirar atrás. Tampoco podía esperar a que alguien se presentase allí. Ni siquiera tras la explosión. Al observarla se le formó un nudo en la garganta. Ella misma había sostenido así la cabeza de Paul hacía nada, y el recuerdo le llenó la boca de bilis. Un recuerdo que se haría realidad muy pronto si no hacía algo YA.

—¡Emma! —gritó. Sin embargo ella la ignoró por completo—. Emma, está muerto, pero yo necesito tu ayuda... y Paul también.

Esperaba que si ella no le despertaba ningún interés, al menos tratase de centrarse por Paul. Y parece que acertó. Al nombrarlo, Emma se giró hacia ella, como viéndola por primera vez. Dejó el cuerpo de Josh en el suelo con sumo cuidado —y tan despacio que casi logra sacarla de quicio—, y fue hasta allí.

—Es culpa mía... —dijo sollozando—. Bajó aquí porque yo quise venir...

—Oye, no ha sido culpa de nadie. Escúchame, tienes que presionar la herida mientras voy a por ayuda, ¿comprendes? —Emma la miraba, pero no parecía comprender nada. Seguía dándole vueltas a lo de Josh. La agarró de la mano, obligándola a agacharse a su lado, y se la colocó sobre la herida de Paul apretando con todas sus fuerzas—. Tienes que ayudarme Emma, o Paul también morirá, y eso sí que será culpa tuya, ¿me oyes?

Pasaron unos segundos más en los que parecía estar decidiendo algo. Ella perdió los estribos y la abofeteó. Lo hizo con ganas, sin medias tintas. Emma se llevó la mano a la cara saliendo del trance.

—Si... —pero cuando intentó retirar su mano de la de ella, comprobó que la presión disminuía.

—¡Emma, joder, espabila, concéntrate en presionar! —volvió a hacer fuerza sobre la diminuta mano. Paul hizo un gesto de dolor y dejó caer la cabeza a un lado—. Tienes que apretar fuerte, así.

—Le hago daño...

—Sí, le duele, pero si aflojas se desangrará antes de que yo haya

vuelto. Concéntrate, vamos —le pidió una vez más. Pero ella seguía lanzando miradas de reojo al cuerpo del suelo—. Emma, mírame. ¡Mírame! Voy a ir a por ayuda. Si cuando regrese Paul ha muerto, te meteré una bala en la cabeza. ¿Me has entendido? Lo digo completamente en serio, Emma. Concéntrate en eso si quieres.

Ella la miró con los ojos muy abiertos, mucho más allá del horror y el tormento, y asintió. Y sintió su mano presionando por fin. La creía porque le había dicho la verdad. Porque si volvía y Paul estaba muerto, ella dejaría de ser ella y se convertiría en otra persona. Alguien completamente distinto. O quizá no tanto... Porque Paul y ella pendían de los dos extremos de la misma cuerda, equilibrándola, y si uno caía, el otro lo seguiría inexorablemente, de una forma o de otra.

Cogió la mano de Paul, pegajosa por la sangre, y la apretó con fuerza. Él giró la cabeza hacia ella, pero no le devolvió el apretón. Se la llevó a los labios y la besó.

—Volveré enseguida, ¿de acuerdo? —nada—. Aguanta un poco más, Paul. Sólo un poco más...

Se puso en pie y echó un último vistazo antes de salir, deseando que Emma aguantase también.

Y se fue.

Capítulo 8

Allí dónde unas cosas terminan, y otras amenazan con volver a empezar

—Estate quieto —le dijo a Paul mientras deslizaba la cuchilla por su barbilla—. Si te mueves así voy a cortarte...

—Preferiría que me afeitase la enfermera —respondió éste lanzando una mirada lastimera hacia la puerta.

—Bueno, habrá otras cosas que ella pueda hacer por ti que yo no haré, que te quede claro, guaperas —y, por primera vez en aquella semana infernal, vio una sonrisa en sus labios. Una genuina.

—Como sigas por aquí a todas horas se va a hacer una idea equivocada... —dijo Paul tras suspirar con resignación.

—Dios, Paul, te he echado de menos...

Y debía tener una cara espantosa, porque él le cogió la mano con la que sujetaba la cuchilla y le besó los nudillos con suavidad, sin decir nada más. Una semana desde que él despertase; veintiséis días desde que lo sacase de la maldita grieta. Al final, Emma había aguantado como una campeona. Sus pequeños dedos seguían en el interior del cuerpo de Paul, presionando con firmeza, cuando ella llegó allí con ayuda.

Los habían trasladado a los tres al hospital del pueblo, dónde lo operaron sin saber si saldría del quirófano. Nunca en su vida lo había pasado tan mal como durante aquellas horas. Era triste decirlo, pero aquel hombre era todo lo que tenía en el mundo. Los de operaciones especiales ya estaban allí cuando salieron a la luz del día, aunque Julian había conseguido que alguien los ayudase a volver a Nueva York en el helicóptero en el que iban a trasladar los cadáveres de Josh y Gary. Una vez en tierra se habían esfumado como si nunca hubiesen existido. Y francamente, le importaba una mierda lo que sucediese en el pueblo ahora, y también todo lo que dejaron atrás. Habían ido a la pequeña clínica privada propiedad de Julian, dónde los habían atendido a cuerpo de rey, y dónde Paul había permanecido sedado hasta que los médicos decidieron que era hora de despertarlo. A Gary lo enterraron en el cementerio anexo, al que iban a parar todos en el caso de que hubiese algo que enterrar. Una pequeña necrópolis con lápidas, sí, pero sin nombres. Nunca le había gustado demasiado la idea de que Paul y ella terminasen enterrados ahí, en el frío del olvido, y por un instante regresó a la pesadilla y sintió las manos llenas de tierra. Tumbas sin nombres, el recuerdo la hizo estremecerse... Gary tenía una pequeña colección de ex-esposas y dos hijos, a los que no veía desde hacía siglos pero en los que pensaba a todas horas. Ninguno de ellos sabría nunca lo que había sido de él. De Josh se había encargado Emma. Él tenía familia, alguien que lo

lloraría. Oficialmente, Josh había sufrido un accidente de coche. Su muerte había sido una lástima, como cualquier muerte prematura... Pero era la de Gary la que ella sentía de verdad, como una pesada losa en el corazón. Y todo lo que implicaban ambas. Había evitado hablar de eso a lo largo de la semana, pero le daba la impresión de que el tiempo del silencio llegaba a su fin. Y quien sabe lo que les esperaba después. Terminó de afeitarse a Paul y le secó la cara con la toalla, dándole un beso fugaz en la mejilla.

—Hueles muy bien.

—Emma ha estado aquí —dijo Paul en un susurro. Parecía que Emma hubiese estado esperando a que ella saliese cinco minutos para abalanzarse sobre él, y lo último que necesitaba Paul eran charlas depresivas con la mujer, o que ella lo culpase de las muertes —Va a dejar el equipo.

—Nunca debió entrar, así que me parece justo.

—Vamos, Becca... no seas así. A mí también me alegra que se vaya y es lo que va a hacer, así que ya no hay razón para ser desagradable —dijo. Sus ojos azules estaban algo más apagados de lo habitual. Esa chispa, siempre presente en ellos, había perdido algo de lustre—. Deberías disculparte con ella, la trataste fatal...

—Claro, lo haré —cuándo el infierno se congele, joder.

Él la miró sabiendo perfectamente lo que pensaba y volvió a sonreír. Hasta que algo pasó por su mente y se la borró de golpe, dejando en su lugar una mueca de asco.

—Maté a Josh —susurró Paul apretando los dientes. Maldita Emma. Sí que habían hablado de ello. Si la tuviese delante la hubiese abofeteado de nuevo—. Lo maté a golpes. Y lo disfruté... No sabes cómo, Rebecca... no te haces una idea de cuánto... Y después... Después disparé a Gary. En la cabeza. Podría haberle disparado en otra parte, pero no quise. Quería matarlo también.

—Oye, no fue culpa tuya, joder. No eras tú mismo. Tú no los mataste... Y me salvaste la vida, ¿recuerdas? Podrías haberme matado también. Podrías haberlo hecho, pero en cambio me ayudaste. Y Gary también te disparó. Nadie estaba en su sano juicio allí dentro, Paul. Él desvió la mirada sin mucha convicción.

—Y las voces... Dios... Ya no las oigo, pero a veces casi puedo sentir las... Es de locos, ¿no?

—Yo no escuché voces —contestó encogiéndose de hombros—. Sólo esa vibración. Y una niebla en la cabeza... Estaba aturdida, me costaba pensar con claridad, pero era yo.

—Eres la única que no las escuchó. Y los cuatro necesitábamos hacerte daño. A ti —él volvió a mirarla a los ojos y pudo ver la sombra de una duda en ellos—. Podía sentir a los demás también, dentro de mí, con las voces, pero no a ti.

—Supongo que la necesidad se debía a eso, a que ella no podía controlarme. Tenía miedo de que le desmantelase sus planes. No lo sé.

En realidad había sabido, en algún momento de toda esa locura, que era la única capaz de terminar con aquello. Esa cosa, fuese lo que fuese,

no podía doblegar su mente como hacía con las demás, así de simple.

—Rebecca, hay algo diferente en ti, siempre lo he sabido —dijo Paul. No había acusación en su tono, sólo una seguridad absoluta—. Que no lo haya mencionado antes no quiere decir que no lo haya pensado. Sé hacer cuentas, ¿sabes? ¿Cuántos años tienes?

—Cuarenta y uno —sabía que al final acabarían hablando de aquello. Antes o después, el tema surgiría.

—Joder, Becca, no es que el tiempo te haya tratado bien. A mí me ha tratado bien, pero aún así... Aún así no parezco un niño. Tengo un año más que tú y parece que te doble la edad. En algún momento, hace tiempo, el reloj se detuvo para ti. Y ese instinto... Bueno, tú lo quieres llamar así, pero está claro que no es sólo eso.

Los dos guardaron silencio durante un buen rato, sin saber que decirse. Ella arañaba la sábana con la uña de forma inconsciente, buscando algo qué confesar. Pero no había nada que pudiese explicar aquello.

—Si hubiese algo que lo explicase te lo habría contado hace tiempo, Paul. Tienes razón, pero no tengo las respuestas...

—En realidad no me importa. Mierda, me alegro. Sea lo que sea... nos ha salvado el culo. Más de una vez. ¿Imaginas lo que hubiese pasado si esos mamones de las especiales llegan a entrar allí con su arsenal?

—Paul se estremeció y se movió inquieto en la cama haciendo un gesto de dolor.

—Una masacre —respondió.

—Era casi imposible resistirse... —él cerró los ojos con fuerza, seguramente tratando de librarse del recuerdo de las voces de nuevo—. Si te hubiésemos hecho caso, si no hubiésemos llevado las armas... A veces, Rebecca, me dan ganas de...

—Eh —lo detuvo, cortando el torrente de palabras que brotaban con fuerza formando el torbellino que se ampliaba y trataba de engullirlo—, ya hemos recorrido ese camino y lo hemos dejado atrás.

—Yo no estoy tan seguro —repuso el irlandés con una tristeza que le encogió el corazón.

—En ese caso, yo me aseguraré por los dos, Paul. Volveremos a las reuniones, si es necesario. A toda esa mierda de los doce pasos.

—Nunca hemos seguido esos pasos... Bueno, puede que tres o cuatro, a lo sumo —dijo Paul dejando que la comisura de sus labios se curvase un poco hacia arriba.

—Me la sudan los doce pasos, ya lo sabes. Pero beberemos ese asqueroso café y comeremos esas asquerosas pastitas de nuevo si hace falta.

—Está bien, aunque no creo que sea necesario —y parecía sincero, pese a que su mano temblaba un poco desde que había despertado. La llevó hasta la pequeña cruz de plata que le colgaba del cuello. La cruz de plata de su abuelo, lo único que le quedaba de aquella otra vida—. Sólo necesito volver a trabajar, dejar de pensar en todo esto.

Sus métodos en la recuperación de Paul habían sido poco ortodoxos, pero efectivos. En su día, ella le había cambiado una válvula por otra.

Había sustituido todo lo que se metía en el cuerpo, por el trabajo. Todo lo malo que había en su interior, por el deseo de compensarlo. Por el deseo de sentir que hacía algo correcto para equilibrar la balanza. Le apartó el pelo de los ojos y pudo ver la fina cicatriz que Emma le había dejado en la frente al golpearlo con aquel aparato.

—Paul... mientras estuve sola ahí abajo... durante un rato creí que habías muerto —le dijo reprimiendo el impulso de abrazarlo. Un impulso que se hizo más fuerte cuando él la miró confuso—. Quiero decir que te vi, y que estabas muerto. No era real, pero en ese momento a mí sí me lo pareció, ¿sabes? Y fue... Bueno, fue horrible, joder.

—Dijiste que se alimentaba de nuestros miedos. No había voces en tu cabeza, pero lo intentó de otras formas.

—Sí. Sí, así es. Pero no es eso lo que quería decir... Lo que quería decir es que con perderte una vez tuve suficiente y que, si no lo haces por ti, puedes hacerlo por mí. Porque yo necesito que te recuperes, mierda.

Lo dijo de carrerilla, sin parar a coger aire. Hablar de lo que uno siente no estaba en su menú y, a pesar de que siempre hacía excepciones con él, le resultaba difícil. Bajó la mirada, apartándola de aquellos ojos azules que la observaban con intensidad.

—¿Te estás poniendo sensiblera, Rebecca? —había humor en su voz, y eso la alivió y le dio valor para volver a mirarlo. Estaba sonriendo de nuevo. Maldito irlandés.

—Es posible. Mierda, sí. ¿Satisfecho? Si amplias un poco más esa sonrisilla convenceré a la enfermera de que te conviene un enema.

Y estaba haciéndolo, lo de ampliar la sonrisa, cuando la puerta de la habitación se abrió y Gavin entró.

—Parece que hoy tenemos un buen día —dijo contento al ver a su hermano algo más animado.

Se acercó hasta la cama dándole un casto beso en la mejilla a ella, y un apretón en el brazo a Paul.

Gavin. Había conocido a Paul a través de Gavin. Y a Gavin a través de Julian. Gavin compartía ese atractivo tan característico con su hermano. Tenía la misma mirada clara e inteligente, aquellos jodidos y escrutadores ojos azules eran idénticos. Sin embargo, su cabello era algo más trigueño, y él siempre lo llevaba más corto que Paul. Y aquel mentón firme que ella había mordido alguna vez... Porque, en honor a la verdad, había conocido a Gavin en el sentido bíblico de la palabra en unas cuantas ocasiones, hacía un millón de años.

Los ojos de Gavin eran duros. Mucho más que los de Paul. Y a aquel hombre sólo le importaba su hermano. Era ésa certeza la que la había impulsado de cabeza hacia él cuando se conocieron: saber que nunca querría más. Su estrecha relación con Paul los había dejado en medio de una buena amistad en lugar de desaparecer de la vida del otro sin más, que es lo que hubiese sucedido llegado el caso. Los negocios de Gavin abarcaban un amplio terreno, la tienda de antigüedades era tan sólo la punta del iceberg. En realidad, con lo que había amasado su pequeña fortuna, aquella con la que había sacado a Paul de su Irlanda, eran las armas. Él se encargaba de suministrar a La Organización todo el equipo

que utilizaban. Y era un trato provechoso, puesto que utilizaban muchísimo equipo. En su día, también hizo algunos tratos con el IRA, y fue precisamente por eso que Paul pudo salir de Belfast de una forma mucho más amistosa de lo que solía ser lo habitual.

Ambos hermanos se miraron. Gavin estudiaba a Paul con cautela, como hacía siempre, asegurándose de que no había ni rastro de lo que veía en tiempos en él. Aquella era una labor agotadora que nunca terminaba, y era una de las pocas cosas que sacaban de quicio a Paul. Viéndolos así, de perfil, se dio cuenta de que se parecían aún más.

—Becca, ¿por qué no te largas de una puta vez? —Paul habló sin dejar de mirar a su hermano—. Vete a casa a dormir un rato, anda. Gavin me vigilará mientras no estás...

—Está bien —respondió—. Volveré por la noche.

Lo besó en la frente, se despidió de Gavin con un gesto de la cabeza y se dirigió a la puerta, dónde se detuvo un instante.

—Eh, chicos, ¿sabéis aquellos irlandeses que intentaron hacer volar un coche? —les preguntó antes de salir. Gavin y Paul dejaron de observarse y se volvieron hacia ella frunciendo el ceño en un gesto idéntico que nunca dejaba de asombrarla—. Pasaron todo un mes cosiéndole unas alas.

Los escuchó reír desde el otro lado de la puerta, como si todo fuese normal. Y deseó que, por una vez, así fuese.

Capítulo 9

APÉNDICES

Herida de bala

Volvió a mirar el reloj: tarde, jodidamente tarde. Corrió atravesando el parque hasta la boca del metro y bajó las escaleras de dos en dos, divisando al fondo los destellos de luces que producía la enorme máquina que pasaba en ese mismo instante. La noche anterior le había dejado el coche a Paul para que fuese a ver a su hermano, y ahora se veía obligada a utilizar el transporte público. Odiaba el transporte público. Sintió la vibración bajo los pies; todo estaba desierto allí abajo y nadie entró ni salió cuando la mole metálica se detuvo durante unos escasos instantes en los que volvió a hacerse el silencio. El silencio de los túneles subterráneos, roto por el característico zumbido eléctrico y, ocasionalmente, por el resoplar de las válvulas. Recorrió el laberinto de pasillos buscando su parada mientras las luces parpadeaban. No le gustaba caminar bajo tierra, especialmente por la noche. La quietud del ambiente, irrigada por el aire caliente y artificial, era angustiante. Como ese oscuro prelude de algo inevitable que la acosaba durante sus pesadillas, pensó. Se estremeció inconscientemente al recordarlas y apretó el brazo contra su cuerpo, sintiendo la familiar seguridad de la glock enfundada en su costado.

* * *

Seguía a la bestia a través de ambos planos; se movía deprisa y había cruzado tan abruptamente que sintió su presencia como un mazazo en la cara. Parecía buscar algo, o se hubiese detenido en el mismo instante en que lo olfateó a él. Percibía su urgencia bajo la piel, el acelerado latido de su corazón bombeando con fuerza, haciendo eco en la garganta. Los músculos de la mandíbula tensos, como los suyos; ambos expectantes, aunque por distintos motivos. Ambos persiguiendo a su presa.

Los abaddon habitaban en los purgatorios, y únicamente emergían de allí cuando alguien –o algo– los convocaba. No había que subestimarlos, eran letales.

Aquello era muy extraño.

Entraron en el parque y maldijo pensando en las consecuencias que tendría que el animal saliese de allí y se materializase en plena calle. Corrieron.

Trató de llamar su atención cuándo se acercó algo más, lanzándole uno de los estiletes y acertándole de lleno en el lomo. Sin embargo, lo único que consiguió fue que se girase exhalando un gruñido sordo y siguiese corriendo sin aminorar el ritmo. Él no era su objetivo, y la llamada de un vínculo tiraba de la bestia con fuerza. Pudo sentirlo durante un breve instante, a través de aquellos ojos lechosos.

Saltaron los setos y se aproximaron a la salida. Al llegar la bestia se detuvo un momento, desplegando las aletas nasales para intentar captar el olor. Aprovechó la pausa para hundirle el otro estilete en el cuello, y ella volvió a la carrera ignorándolo completamente: se dirigía directamente a la boca del metro. Bajó agradeciendo la hora tardía. No veía a nadie en el túnel, una buena noticia, ya que advertía en el abaddon la necesidad de cambiar de plano de un momento a otro. Lo cogió al internarse en otro pasillo, vislumbrando al fondo una silueta femenina que se perdió al doblar la esquina. Tuvo que apuñalarlo varias veces más para que se le encarase por fin.

La enorme bestia proyectaba una sombra que jugaba en las paredes. Capturada entre la vida y la muerte, su cuerpo era blanco y rugoso, como si hubiese estado sumergido bajo el agua durante muchísimo tiempo. Sus ojos, blancos también y completamente ciegos, aunque no los necesitaba para nada, ya que se movía orientada por el fino olfato y el oído. Y aquellos ojos ciegos lo cegaban a él, impidiéndole ver nada a través de ellos. Tan solo la urgencia de la llamada imprimada en la vacua superficie, el lazo que lo vinculaba a su amo. Detestaba no saber qué estaba pasando más que cualquier otra cosa.

Volvió a escuchar ese sonido ronco, proveniente del fondo de su pecho. Desplegó de nuevo las aletas nasales en busca de su olor y se abalanzó sobre él, materializándose por fin y enseñándole varias filas de oscuros dientes afilados como cuchillas. Afilados e impregnados de un veneno mortal.

* * *

Miró, impaciente, una vez más el reloj, sabiendo que por más que repitiese el gesto el tiempo no iba a retroceder. Esperaba que su metro llegase mientras se preguntaba por qué no había obligado a Paul a pasar a recogerla por casa. Maldito irlandés. Escuchó extraños sonidos que emergían de uno de los pasillos. Las luces volvieron a parpadear y ella maldijo en voz baja. Juraría que eran gruñidos. Gruñidos y golpes. Quizás un perro o un animal grande... Apoyó la mano en el arma y tiró de la presilla para tenerla lista llegado el caso. Caminó despacio hasta el final del pasillo, iluminada por el destello estroboscópico, mientras el siniestro rumor crecía con cada paso que daba. Llegó a la intersección, y en ese instante todo cesó tras un sonoro estertor, acompañado de un gemido cavernoso que le puso el vello de la nuca de punta. Se hizo el silencio, sólo roto por el murmullo de una respiración agitada. Sacó la glock, dobló la esquina y apuntó.

Se quedó helada. Completamente paralizada. En el suelo había una

bestia enorme sobre un charco de sangre oscura. El olor a podredumbre era intenso, y las pesadillas de su infancia la asaltaron de golpe convirtiendo sus piernas en gelatina. Al lado de aquel animal había un hombre en cuclillas, exactamente igual que en la vieja habitación de sus padres. Él comenzó a levantarse lentamente, girándose hacia ella, y cuándo sus manos empezaron a moverse... disparó.

* * *

Sintió la bala, que parecía arder dentro de él, dejando una estela de fuego a su paso. Lo atravesó por el costado derecho y se detuvo allí, casi rozando el pulmón. Nunca hubiese imaginado que quemase de ese modo... Detestaba las armas de fuego y, tras todos aquellos largos años, era la primera vez que le disparaban. Había percibido la presencia de la mujer antes de que irrumpiese, pero esto no se lo esperaba; que fuese armada, el impacto... lo había sorprendido pillándolo completamente desprevenido. Y si había algo que odiase más que las armas de fuego, eran las sorpresas. En lugar de incorporarse se puso de rodillas y levantó las manos.

—No voy a hacerte daño —dijo tratando de tranquilizarla.

Escuchó sus pasos acercándose y lo cacheó con profesionalidad. Se detuvo unos segundos al sentir su ropa húmeda por la sangre —la suya y la del abaddon—, y apretó los dientes cuando palpó la herida sin miramientos. Pudo desarmarla y terminar con aquello pero no quería asustarla más, así que la dejó hacer hasta que ella volvió a alejarse unos pasos.

—Date la vuelta despacio, mantén las manos en alto y no te levantes.

Hizo lo que le pedía, quedando por fin cara a cara. Lo apuntaba al pecho sin titubear y pudo ver lo que escondía en su interior. El eco de un recuerdo había provocado que le disparase. Ella ya había visto un abaddon antes, siendo una niña. Un abaddon había destrozado a sus padres, y había ido acompañado de alguien. Alguien a quien encontró en cuclillas sobre los cadáveres, como a él ahora mismo. No había ni rastro de miedo en ella, simplemente estaba confusa. Durante muchos años, aquella imagen perdida en el tiempo había poblado sus pesadillas. Pesadillas; eso le había dicho todo el mundo. Pero, a pesar de que los recuerdos de su niñez se desdibujaban con el paso del tiempo y las imágenes dantescas que se sobreponían unas con otras, fruto de una impresionada mente infantil, ella sabía muy bien lo que había visto... Aunque que jamás había vuelto a ver nada parecido —y cabía decir que aquella mujer había visto muchas cosas desde entonces—.

—No voy a hacerte daño —repitió—. Míralo, está muerto. He venido a terminar con él, nada más.

La mujer miró de reojo el bulto del suelo y pudo ver cómo su determinación se resquebrajaba y aparecía la duda.

* * *

Su instinto le decía que él era sincero, y su instinto nunca le había fallado. El sonido del metro lo envolvió todo una vez más y la luz de la máquina iluminó la escena a su paso antes de detenerse. Sin bajar el arma asomó la cabeza y echó un vistazo: tres chavales bajaron y tomaron otro camino en dirección contraria. Sí, buenos chicos, pensó. Entró de nuevo y metió la glock en su funda, agachándose al lado de aquel tío, que bajaba las manos despacio.

—Déjame ver la herida —él levantó la camiseta y pudo ver la piel cubierta de sangre y el orificio de entrada. La bala seguía allí. Vio de refilón una cicatriz espantosa que descendía por la cadera y quedaba oculta por el pantalón—. Te llevaré a un hospital...

—Nada de hospitales —la atajó—. Tú puedes hacerlo, Rebecca, y sinceramente, a los dos nos irá bien ahorrarnos las preguntas que eso supondría.

Se detuvo en seco; sabía su nombre, y parecía que no era eso lo único que sabía de ella...

—¿Cómo...?

—Vas a tener que sacarla, yo solo no voy a poder hacerlo —dijo con autoridad cortando de raíz la pregunta—. Después te contaré lo que quieras saber.

La apartó con suavidad devolviendo la camiseta a su lugar y se puso en pie. Era alto, más de lo que le había parecido tras el primer vistazo. Extrajo del cuerpo de la bestia dos dagas jodidamente largas y vertió sobre ellas un pequeño vial que sacó de su bolsillo. Se movía con elegancia, como ejecutando algún tipo de ritual mientras ella lo observaba sin perder detalle. Toda su vida preguntándose qué era lo que había visto aquel día, y ahora lo tenía justo ante sus narices. El extraño hundió una de las dagas en el pecho de la cosa y se quedó petrificada al ver cómo la piel se iba cuarteando y agrietando, reseca, como si se estuviese convirtiendo en arena. Cuando él sacó el cuchillo, el tórax se hundió deshaciéndose completamente. Empezó a golpearla con el pie para eliminar cualquier resto de aquella forma desconocida, y ella lo ayudó comprendiendo que era mejor que nadie más lo viese. En menos de un minuto sólo quedaba un gran montón de polvo en el suelo. Lo vio hacer una mueca de dolor y se llevó la mano al costado.

—Presiona fuerte sobre la herida. Te sacaré la bala, pero después me contarás lo que quiero saber —le dijo haciendo eco de sus propias palabras—. Hace siglos que no cojo un bisturí, te advierto que esto podría ser una auténtica chapuza...

Intentó recordar si había sacado el maletín del coche la noche anterior. Normalmente lo hacía, pero no estaba segura. Si no estaba en casa no tendría con qué trabajar.

—No importa, así hará juego con las demás —contestó lacónico encogiéndose de hombros.

Después de haber visto la herida se preguntaba como seguía en pie. Podía decirse a sí misma que no había tratado de matarlo, pero no lo tenía

muy claro... Esperó no tener que arrastrarlo hasta su casa. Ya era demasiado malo llevarlo allí, joder... Aunque él tenía razón con lo del hospital. Y tenía preguntas. Muchas. No pensaba dejarlo marchar sin obtener sus repuestas.

Agradeció salir de los túneles y respirar de nuevo aire fresco, y también que el tipo fuese vestido de negro para disimular la sangre. Lo observó con más atención: vestido de negro de la cabeza a los pies, la ropa amplia, de corte asimétrico y extraño, y unos pantalones de tipo militar con las botas a juego. Todo gastado, como recién sacado de un túnel del tiempo. Llevaba al cuello un pañuelo enorme con el que probablemente se cubriría la cabeza, utilizándolo como un embozo que nada tenía de improvisado. El pelo le caía sin orden aparente, corto por arriba y largo por detrás, como si él mismo hubiese empuñado las tijeras eliminando todo lo que sobraba y podía dificultarle la visibilidad. Y ese extraño tatuaje bajo su ojo izquierdo... Era un símbolo que no identificó, pero que estaba segura que tenía un significado. Bajo la luz mortecina de las farolas parecía una parca, y ese pensamiento la hizo estremecerse. Él iba callado, concentrado en apretar y andar, mirándola de vez en cuando de reojo. Mientras cruzaban de nuevo el parque de camino a su casa sacó el móvil de su bolsillo y le dio a la rellamada. Paul contestó al segundo tono.

—¿Dónde estás?

—Escucha, no voy a ir, no me encuentro bien... creo que tengo algo de fiebre —mintió—. Mañana me pones al día.

—Está bien —su voz sonaba algo sorprendida. Quizá porque en los siete años que hacía que se conocían, ella jamás había enfermado—. Cuídate, Becca, nos vemos mañana.

Y colgó sin más.

Entro en el pequeño apartamento y tiró las llaves sobre la mesa, se quitó la chaqueta y la colgó descuidadamente en la silla. Todo estaba hecho un puto desastre, pero le daba exactamente igual. Lo primero que hizo fue comprobar si el dichoso maletín estaba en casa.

Ella había estudiado medicina hace siglos y, aunque no era precisamente su labor principal, su trabajo la obligaba a desempeñar ese papel con más frecuencia de la que le hubiese gustado. Tras sacarse la carrera se había alistado en el ejército y había sido médico de campaña en Irak. Había visto de todo, pero siempre aguantaba bien la sangre. Más tarde también dejó aquello. Su vida parecía una sucesión de cosas dejadas a medias, hasta que conoció a Gavin, el hermano de Paul.

El maletín estaba dónde tenía que estar. Lo colocó en la mesilla, junto a la cama, y fue al baño a lavarse y a por toallas, extendiendo una más grande sobre la cama.

—Bien, quítate la camiseta y tumbate.

El obedeció. El líneas generales, estaba hecho un desastre. Excesivamente delgado, todo piel y huesos y cubierto de cicatrices aquí y

allá producto, sin duda, de una vida ajetreada. Las que más le llamaron la atención fueron unas marcas –de lo que parecían garras– sobre el pecho... También llevaba tatuados los brazos y el otro pectoral. El mismo tipo de símbolos que el que le adornaba la cara. No eran puramente estéticos, estaba segura, parecían vibrar bajo su piel emitiendo algún tipo de energía que le resultaba vagamente familiar... La curiosidad la estaba matando y tenía que hacer verdaderos esfuerzos para no empezar a preguntar. Esperaba encontrar en él todas las respuestas que había estado buscando a lo largo de su vida... También esperaba no sacarle la bala para terminar metiéndole otra después.

Preparó el material, que ya estaba esterilizado. Las pinzas, el bisturí, gasas, kit de sutura... enchufó al pequeño compresor el aparato de succión. Acercó el flexo y lo colocó sobre la cama, se puso los guantes, la mascarilla, y preparó un chute de etidocaína. Y agradeció que él hubiese estado callado todo ese tiempo.

—Lo siento, esto no va a ser suficiente pero no tengo nada más —le dijo a modo de disculpa—. No hace falta que te diga que deberías procurar no moverte...

Vio un amago de sonrisa en la comisura de sus labios. También allí había una cicatriz, que lejos de afearle el rostro le daba carácter. Aunque lo más llamativo eran sus ojos, de un gris profundo que, como la llama de una vela, parecía oscilar... Era atractivo, decidió. De una forma dura, como una gema sin tallar. Quizá más por aquella expresión de niño travieso algo atormentado que por todo lo demás.

Limpió y desinfectó la herida sin miramientos, y tan solo se contrajo un instante. Sospechó que no tenía que ver con el miedo al dolor, o con el dolor en sí mismo, sino más bien con el contacto directo de sus manos sobre la piel, que parecía incomodarlo. Tras terminar le inyectó la anestesia local; aquello iba a dolerle como el infierno.

Una hora más tarde la bala estaba sobre el montón de gasas sucias. La hija de puta se había resistido. Había atravesado las costillas astillándolas, y no había entrado en el pulmón de milagro. El estado de aquel tipo era bastante bueno, dadas las circunstancias, y había visto algo extraño mientras trabajaba: la hemorragia se había detenido. Cuando comenzó a urgar en la herida, ésta parecía haberse cauterizado por sí misma... Algo que había observado en su propio cuerpo, y uno de los motivos por los que escogió medicina frente a todo lo demás; quería comprender aquellas diferencias.

Preguntas y más preguntas.

Estaba realmente fascinada. Él había aguantado estoicamente sin mover un sólo músculo ni protestar. Lo único que indicaba que no se había quedado dormido, era la tensión en sus mandíbulas y la fina capa de sudor que le cubría la frente y el pecho. Había permanecido con el brazo levantado, agarrado al cabecero de la cama, con los ojos cerrados, respirando lentamente, como concentrándose en no sentir nada.

Cubrió la herida con una gasa limpia y suspiró. Retiró el flexo y las gasas sucias y metió el compresor bajo la cama. Cuando levantó la mirada

aquellos ojos grises estaban fijos en ella. Empezó a pensar por dónde empezar. Había tantas cosas que se agolpaban en su mente, que todas luchaban por salir al mismo tiempo.

Él se incorporó despacio, sin dejar de observarla, la sujetó de las muñecas y se sobresaltó por lo inesperado del gesto. Le dio la impresión de que no podría apartarse de aquellos turbulentos ojos grises aunque lo hubiese intentado con todas sus fuerzas. Se preguntó si la había cagado. Si iba a ser así como terminase todo... Y cuándo él se inclinó hacia delante, dejando su cara a escasos centímetros de la suya, rompió todos sus esquemas besándola en la boca. Y se sorprendió aún más cuando ella misma lo aceptó sin reservas y separó los labios para él. Y ni aún durante aquel cálido contacto pudo apartar los ojos de los suyos, hasta que dejó de hacerse preguntas, y nada le importó ya.

* * *

Había estado pensando durante aquella hora eterna qué haría a continuación. No podía contestar a sus preguntas. Simplemente no podía. Hacerlo sólo implicaría involucrarla más y más... Más dudas, más preguntas, más interrogantes sin resolver. Había visto en aquellos ojos la obsesión por comprender. Y esa obsesión la llevaría al desastre, casi con total seguridad. Había visto muchas cosas... Aquel encuentro con el abaddon de su infancia, y el hombre misterioso a quien no podía poner cara, puesto que ella no se la llegó a ver en ningún momento. Su paso por el orfanato de Nuestra Señora de la Piedad, y la gran ironía que escondía aquel lugar y aquel nombre. La carrera, el ejército, vacío interior bajo capas y capas de trabajo duro, sangre, y obsesión. La obsesión por su trabajo, que hacía que todo lo demás se quedase en nada. Reconoció en ella cosas que él mismo tenía. Esa firme determinación, el ansia, la caza. Era como un sabueso detrás de una presa, sin soltar ni aflojar. Sin rendirse jamás.

También había algo distinto en la mujer que no podía identificar. No era como los demás, pero aunque ella lo sospechaba no sabía de qué se trataba, así que él tampoco. Había cumplido ya los cuarenta, y parecía haberse quedado en los veintitantos, algo que le había ocasionado numerosos problemas a la hora de hacerse respetar... Numerosos problemas que había zanjado con los puños, con la satisfacción de cerrarles la boca a todos. Había muchas explicaciones para aquello. Todo un abanico de posibilidades. Y luego estaba el tema del abaddon. Estaba casi seguro de que la buscaba a ella. No había nadie más allí y había ido directo. No podía comprender por qué, salvo que debía tener mucho que ver con aquella primera vez. ¿Dos encuentros? Demasiada coincidencia... Aún así, la bestia estaba muerta y, aunque él la pusiese sobre aviso, no había nada que la mujer pudiese hacer llegado el caso. Nada diferente a lo que haría, claro. Aquello era su problema. Él se dedicaba a mantenerlos fuera para que el velo no cayese. Se dedicaba a mantener la ilusión de que todo era normal. Y Rebecca había cruzado esa línea hacía mucho tiempo. El día a día de lo que se cocinaba aquí ya era

suficiente, como para añadirle los ingredientes externos. Él se encargaría de las criaturas. Él o sus hermanos. La mantendría al margen mientras fuese posible, evitando que se hundiese aún más en ese pozo negro que era su mundo. Pero no lo haría con gusto. Aborreció tomar aquella decisión, aunque no se echó atrás.

Se levantó de la cama y la tomó de las muñecas acercándola a él. Atrapándola con la mirada para que no pudiese resistirse, levantando las barreras en torno a sus recuerdos recientes. Ella lo presintió al momento y pensó que quería matarla. Aún así... no tenía miedo. Sólo había cierto fastidio por dejar que su confianza la hubiese traicionado y fuese apartada de todo. Y se acercó aún más a ella detestándose, porque era él el que la había traicionado, en cierto modo. Era él el que la había manipulado para que lo ayudase prometiéndole algo que sabía que no iba a darle. Y se acercó aún más a ella...

Y la besó.

Lo hizo porque sabía que no sería rechazado. Y se sintió miserable, por lo que estaba haciendo y por desear aquel breve contacto.

—Lo siento, Rebecca... perdóname —susurró contra sus labios.

* * *

Despertó sin saber qué hora era. Tenía un espantoso dolor de cabeza, y se sorprendió al verse tumbada sobre la cama completamente vestida y tapada con la manta del sillón. No recordaba nada. Ni siquiera como había llegado hasta casa. Sólo la conversación telefónica con Paul. La fiebre. Había tenido fiebre, de eso estaba segura. Y sueños extraños. Probablemente debido a eso. Una pesadilla, algo en lo que hacía tiempo que no pensaba... Esa bestia se había arrastrado a la superficie desde el interior de su subconsciente. Sólo imágenes sueltas, difusas... Y algo más... algo que se le escapaba. Era la primera vez que tenía fiebre en su vida. Curioso.

El móvil sonó desde alguna parte. Lo buscó, encontrándolo sobre la encimera de la cocina. Paul. Tenía tres llamadas perdidas. Descolgó.

—Hola bella durmiente, ¿cómo estás?

—Jodida —respondió con voz rasposa.

—Bien, pues mueve el culo, tenemos trabajo —parecía divertirse habiéndola despertado y espoleándola de ese modo—. Estoy de camino, llego en veinte minutos.

—¿Dónde vamos?

—Te lo cuento después, procura estar lista —y colgó.

Ella no había tenido hermanos, en cambio... tenía a Paul: el maldito irlandés errante.

Miró el reloj: Dios, las tres de la tarde...

Se dio una ducha rápida y se vistió con ropa cómoda. Pensó en comer algo, pero lo que había en su nevera hacía días que había dejado de ser comestible... Repasó el apartamento; nada parecía fuera de lugar, sin embargo todas sus alarmas mentales estaban disparadas. Comprobó la glock y, por más que lo intentó, no consiguió recordar que diablos había

pasado con la bala que faltaba. No sabía si había dejado la python en la guantera y se maldijo por estúpida. No era la primera vez que le habían robado el coche, y perderla era algo para lo que no estaba preparada. Buscó el maletín y repuso lo que faltaba. Tampoco recordó haber usado todo aquello. Metió el cuchillo sin empuñadura en la funda interior de la caña de la bota. Lista.

Bajó, y al momento vio su viejo mustang del 65 doblar la esquina y detenerse frente a ella.

—Estás horrible —dijo Paul sin preámbulos, asomando la cabeza por la ventanilla.

—Gracias, es como me siento.

Dio la vuelta al coche para guardar el maletín en el maletero, y comprobó que todas sus cosas estaban allí. Después se sentó en el asiento del copiloto, se abrochó el cinturón, y el irlandés se puso en marcha. Se recogió el pelo en una coleta alta y abrió la guantera. Sí, ahí estaba la niña de sus ojos...

—¿Cómo está Gavin? —lo vio arrugar la frente con fastidio. Gavin era algo mayor que él, y la relación entre ellos era... complicada. Paul llevaba limpio siete años, y no soportaba tener a su hermano encima todo el día desconfiando.

—Está genial, ya sabes.

Enseguida pilló la indirecta. Hoy no estaba receptivo con ese tema. Los tres tenían muchas cosas en común, como una infancia de mierda y la muerte violenta y prematura de sus padres. En el caso de Paul, también había sido testigo de todo. Su abuelo lo metió en un armario antes de que unos paletos con la cara cubierta llegasen a su casa y los pusiesen a los tres de rodillas para meterles una bala en la cabeza por simpatizar con los republicanos. Su padre, su madre, y el viejo. Y así fue como terminó en el IRA, tras todo tipo de asuntos turbios. Y después de eso... Bueno, después de eso todo lo demás. Hasta que Gavin lo sacó de Belfast y le dio otra oportunidad. Otra oportunidad para redimirse y perdonarse a sí mismo. Y ninguna de las dos cosas eran fáciles de conseguir...

—¿Qué tenemos? —preguntó cambiando de tema. Paul la miró de reojo, sin perder de vista el asfalto.

—Tenemos de todo. Los demás han salido ya con la furgoneta. He pensado que nos iría bien llevarnos también el coche, pasa más desapercibido.

Estaba claro. La furgoneta era enorme, útil para transportar el equipo, pero fácilmente reconocible en puebluchos de mala muerte. Se veía a la legua dónde la habían aparcado, haciéndola totalmente inservible para una vigilancia. Aunque la verdad era que a Paul no le hacía gracia echarle kilómetros encerrado allí con los demás. Trabajaba bien en equipo, pero en la carretera siempre estaban ellos dos. Todo era mucho menos claustrofóbico para él. Para ambos. Ella no era una persona que disfrutase de la compañía de nadie que no fuese el irlandés.

—¿A dónde vamos?

—Clermont, Indiana.

Genial, se sentía como si no hubiese dormido en toda la noche y tenían que cruzar tres estados. Las cosas sólo podían ir a mejor.

—¿Y qué hay en Clermont, Indiana?

—Diremos más bien qué es lo que no hay. Ha desaparecido un barrio residencial —él miraba distraídamente por el retrovisor mientras hablaba, concentrado en sacarlos de la ciudad.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir exactamente lo que he dicho. Todo un barrio. Esto va a ser interesante... Duerme un rato, parece agotada.

Paul tenía los ojos azules e inteligentes y el pelo, ondulado y rebelde. De ese color castaño claro, con algunos reflejos caobas que aparecían a la luz del sol y delataban sus raíces irlandesas. Cuando lo miró más detenidamente le pareció cansado, y mucho mayor que hace un par de noches. Quiso revolverle el cabello a pesar de que él detestaba que lo hiciese, pero se contuvo.

—Tú también parece agotado —le dijo en cambio.

—He pasado la noche en la casa, no he pegado ojo.

La casa era la mansión de Julian, el lugar donde solían reunirse para hablar de los trabajos. Julian, el viejo Ojo de Águila... Era aquella una historia para otro momento. Una historia enmarcada por unos ojos glaucos que te traspasaban hasta el alma, y quizá un poco más allá...

—Duerme un rato y después conduces tú. Tenemos varias horas por delante.

Bajó la mirada al revólver, que descansaba en su regazo acunado como un bebé. Era una reliquia que Paul le había regalado dejándose una pequeña fortuna en la tienda de antigüedades de su hermano. Lo había modificado completamente para ella, haciendo su magia, sustituyendo algunas piezas y limpiando a conciencia. A Paul se le daban bien ese tipo de cosas... Solo lo había usado una vez, y cuando la bala entró por el ojo de aquel tipo, le había dejado un agujero del tamaño de una pelota de tenis por el que se veía el otro lado. Joder, aquella preciosidad era muy eficaz. Le gustaba llevarlo encima, aunque se resistía a utilizarlo. Le traía suerte. Acarició el grabado del cañón. *"Y así aprendí a amar al señor"*, decía. Una frase que implicaba muchísimas cosas. Cosas que sólo él conocía. Y lo había plasmado todo en aquellas simples palabras.

Paul y su puta elocuencia.

Colocó el arma en su funda y la ciñó en el costado derecho, dejando la glock en el izquierdo para tener mejor acceso. Dobló la chaqueta y la pegó al cristal de la ventanilla para estar algo más cómoda y tratar de dormir un poco. Necesitarían estar despejados cuando llegasen.

Capítulo 10

APÉNDICES

Y así aprendí a amar al Señor

Orfanato de Nuestra Señora de la Piedad, Nueva York, 1982

—Dios es nuestro amigo especial, Rebecca. Él siempre está a tu lado y puede ver todo lo que haces. Lo decepcionas terriblemente cuando te portas mal —la hermana Mary Clarence la miraba fijamente con su habitual expresión dulce en la cara.

—Dios no existe —replicó, con el único propósito de enfurecerla y borrarle la sonrisa. No tuvo éxito, aunque eso ya lo sabía. Si había algo de lo que estaba harta, además de toda aquella cantinela sobre Dios, era de la empalagosa sonrisa de la hermana Mary Clarence.

—Eres una niña horrible, Rebecca, pero ya aprenderás. Antes o después, todos aprenden. La mano —ella extendió la mano con la palma hacia arriba, mirando de reojo a Cory. El muchacho permanecía en silencio, con la vista clavada en el suelo. Poco duraría callado, pensó. Y la idea la hizo sonreír también—. ¿Te resulta gracioso? Pues pronto dejará de pareértelo. Gira la mano, la palma hacia abajo.

Menuda puta. Obedeció a desgana, y el primer golpe de vara la pilló por sorpresa. Aún así consiguió ahogar el grito. No le iba a dar esa satisfacción. El dolor se extendió por los nudillos y apretó los dientes. La hermana no le dio tiempo a que la sensación amainase, y la golpeó una segunda vez. Y después una tercera. Y siguió así hasta que perdió la cuenta. Le ardía la mano, que comenzaba a hincharse, y también la cara y las orejas. Le ardían de rabia.

Cuando Mary Clarence hubo terminado se puso ante Cory, que temblaba ahora visiblemente. Si había algo bueno en aquel castigo era poder compartirlo con él. Porque compartir nos acerca a Dios, como le habían repetido tantas veces. Cory chilló como un cerdo y lloró como una niña. E incluso pidió a gritos a la hermana que, por favor, dejase de golpearlo. Y como no lo hizo, se meó en los pantalones. Diez golpes, era lo que había tardado en hacérselo todo encima. La hermana Mary Clarence no dejó caer en ningún momento su máscara de compasión infinita. A fin de cuentas, era por su propio bien. Tenía que enderezarlos, Dios mediante, y, aunque parecía que con ella no llegaba a conseguirlo jamás, no se daba por vencida. Era la viva imagen de la perseverancia, la maldita zorra.

Rebecca miró a Cory, su cara rechoncha surcada de lágrimas. Se limpiaba los mocos con la manga, sujetándose la mano como si llevase un pajarillo herido. Miro su propia mano y decidió, satisfecha, que le dolía un poco menos ahora. Estaba segura de que, ciertamente, era una niña horrible. Pero le importaba un bledo.

Tras el día y medio de ayuno para reflexionar sobre su comportamiento, bajó al comedor. Estaba tan hambrienta que se hubiese comido hasta el asqueroso puré aguado de patatas de los miércoles. Su estómago rugió constatando éste hecho. Le sirvieron la escueta ración de gachas de siempre, y como siempre que ayunaba tras ser castigada –algo que sucedía con frecuencia–, le supieron a gloria. El idiota de Cory se sentaba dos mesas detrás de la suya. Se volvió para mirarlo y lo vio cuchicheando con su pandilla de amigos, tan estúpidos como él. Uno de ellos le devolvió la mirada y se echó a reír.

—¡Oye, Rebecca, he oído que te measte en el despacho de la hermana Mary Clarence! —dijo gritando para que todos lo oyesen.

Volvió a sentir arder la cara y las orejas. Ella no había dicho nada sobre el incidente. No tenía a quien contárselo porque no tenía amigos, pero de haberlos tenido, nunca hubiese hablado de ello. Se regodeaba para sus adentros, pero en el fondo no era tan cruel. Al menos no así, no de aquella manera.

Se levantó y fue hacia la mesa. Cory se irguió en su silla, desafiándola a meterse con él delante de los demás. Cogió uno de los tazones de gachas y se lo estampó en la cara. Y se hizo el silencio. Al menos hasta que Cory empezó a gritar al ver la sangre. Cuando se abalanzó sobre él y comenzó a golpearlo, ninguno de sus amigos intervino. Todos seguían con la boca abierta. Fue la hermana Mary Joseph, la encargada del comedor, la que los separó. Bueno, la que logró sacarla de encima del chico.

A Cory aquello le costó algunos puntos de sutura. A ella volvieron a castigarla, ésta vez más concienzudamente, y la encerraron en la *Sala de Pensar* un tiempo.

No supo decir cuánto. Allí, a oscuras, las horas pasaban de una forma completamente distinta. Sabía que le traían la comida una vez al día, salvo lo que pudieron ser los dos primeros, en los que no le trajeron absolutamente nada aparte del agua, para que reflexionase de nuevo. Tras esos dos días, le habían traído comida ocho veces. Más bien fue eso lo que la llevó a calcular que habían sido dos días de ayunas, creyendo que redondearían la cifra a diez en total.

La *Sala de Pensar* era dónde uno debía meditar sobre las consecuencias de sus actos. La soledad favorecía un acercamiento a Dios, o eso le habían dicho. Ella nunca lo vio por ninguna parte durante todas las ocasiones en las que permaneció encerrada allí. En cambio, la soledad la acercaba a otras muchas cosas. Como el motivo por el que se encontraba en el orfanato: la muerte de sus padres.

Pensar en ello a oscuras era lo único que podía asustarla. Pero ya se

sabe lo que pasa con los pensamientos que, generalmente, uno no puede gobernarlos. Van y vienen cuando quieren y por dónde quieren, siguiendo el subconsciente, o vete a saber qué. La cuestión era que al estar allí, sola y a oscuras, lo que le venía a la cabeza era aquel día. El día en que sus padres murieron.

Ella estaba dormida y fue el grito de su madre lo que la despertó. Uno piensa que ha escuchado un grito de terror en alguna ocasión, ya sea en la ficción o en alguna circunstancia que lo propiciase. Pero cuando se escucha uno de verdad, un grito de terror auténtico, todos los demás se quedan en nada y nadie puede volver a engañarte respecto a eso. Y desde aquel día, Rebecca supo diferenciar muy bien entre el pánico genuino y el dejarse llevar. El grito que salió de la garganta de su madre fue lo más escalofriante que había escuchado nunca. Claro está que la pobre sólo tenía cinco años... Más adelante vería y oiría cosas realmente espeluznantes. Cosas que harían enloquecer a un ser humano cualquiera... Cosas que le ayudaron a saber que lo que había visto aquella noche era real. Sin embargo, en su escala de horrores particulares, aquel grito siempre ocuparía un puesto de honor.

Se había levantado de la cama temblando como un flan. No quería salir de allí, tenía miedo, pero su padre decía que si te tapas con la sábana los monstruos no desaparecen. No los de verdad, al menos. Y su padre debía saber mucho sobre eso, puesto que siempre hablaba de ello con total convicción. Se dirigió a la habitación de sus padres y, ya desde el pasillo, escuchó con repulsión el sonido que hace un animal salvaje al alimentarse. Sobra decir que nunca había escuchado a ninguno antes, pero sabía exactamente qué era lo único que podía sonar así. Desgarrando, lamiendo, cortando. Cuando se asomó para mirar al interior... fue completamente consciente de que los monstruos sí existen.

El animal en cuestión era un ser extraño. Enorme, de lampiña y arrugada piel blanca. A excepción del morro, que estaba teñido de rojo, como pudo comprobar un momento después cuando giró la cabeza hacia ella. Y sus ojos... Pudo ver aquellos ojos blancos sin vida que nunca olvidaría. Pasó mucho tiempo despertando tras haber soñado con esos ojos. Mucho tiempo. El hedor a podredumbre lo llenaba todo. Cuando la bestia desplegó las aletas nasales y dejó al descubierto la doble fila de dientes, ella cayó al suelo sin darse cuenta siquiera. La estaba olfateando. A su lado había un hombre en cuclillas. Ambos sobre el gran charco de sangre oscura. Recordaba haber pensado que le pareció demasiado oscura, pero, como descubriría más adelante, la sangre parece oscurecer cuando hay una cantidad importante cubriéndolo todo. Sus padres eran ahora enormes pedazos de carne sin vida. No conseguía enfocar la cara del hombre —o no consiguió recordarla después, no estaba segura—. En cualquier caso, cuando él se dio la vuelta en su busca, le pareció verlo sonreír.

—Hola peque —le había dicho con voz ligera—, ¿no es un poco tarde

para que estés despierta? Vuelve a la cama, anda. Vas a ponerte perdida. Y no queremos que te coma el coco, ¿verdad?

El animal emitió una especie de gruñido en su dirección, nervioso, aún contemplándola desde aquellos ojos vacíos. Y sólo pudo arrastrarse de nuevo a su cuarto. Se escondió bajo la cama, y fue allí donde la policía la encontró, tres días después, deshidratada y hambrienta. Durante todo ese tiempo se había debatido entre la idea de regresar a la habitación o quedarse bajo la cama. Bueno, la pobre sólo tenía cinco años. No se le podía pedir más.

Pensaba en todo aquello mientras estaba aislada. Intentaba centrarse en la cara de aquel hombre y olvidar a la bestia. Nunca le dio resultado. También se preguntaba si era eso lo que la había convertido en una persona distinta a las demás. Rebecca no se relacionaba con nadie, permanecía apartada de todos, comía sola, jugaba sola... Cuando se metían con ella se defendía. Y eso se le daba bien. Pronto dejaron de hacerlo, aunque siempre había alguien que necesitaba un recordatorio, como Cory, o alguien nuevo que tenía que aprender que no debía reírse de ella. No le gustaba pegar a los demás, pero lo disfrutaba si ellos se lo ganaban. Lo disfrutaba aún cuando fuese ella la que saliese perdiendo.

Ahora era de los más mayores. Doce años en aquel sitio eran ya un rango. Al principio, las cosas habían sido más complicadas y violentas, y no siempre salía airosa de todas. Pero lo ponía difícil y se lo pensaban dos veces antes de volver a molestarla. Eso sí, nadie la eligió jamás para el programa de acogida. Y sospechaba que las hermanas tenían mucho que ver en aquello... A fin de cuentas, y contrariamente a lo que la hermana Mary Clarence creía a pies juntillas, Rebecca Jordan no aprendió nunca.

* * *

Unos cuantos años después

Quien dijo que ganar no lo es todo, nunca sostuvo un bisturí.

Aquella frase resumía bastante bien el porqué. Porque se inclinó por aquella carrera, especializándose en cirugía. En un quirófano no había charlas intrascendentes con los pacientes, se limitaba a abrirlos. Detestaba las charlas intrascendentes. Joder, en realidad, por aquel entonces, detestaba cualquier tipo de charla. Había sido una estudiante brillante, sacando todo con nota, consiguiendo la mejor beca. Tenía un futuro prometedor, y el carácter frío y distante de un cirujano de primera. Cuando lo dejó todo tras el primer año de residencia, nadie se lo podía

creer.

Pero Rebecca necesitaba otras cosas. Necesitaba una salida para la violencia que acumulaba en su interior desde la infancia. La violencia... Esa parte oscura que había recubierto su corazón con una capa de ponzoña viscosa. Hay cosas a las que es necesario dar rienda suelta en algunas ocasiones, y aquella era una de esas cosas. Lejos de menguar, la necesidad había ido aumentando haciéndose fuerte allí dentro. Hubo un momento en el que tuvo miedo de que su vida siguiese por derroteros inesperados. Unos que cruzasen el punto sin retorno. Así que decidió dar un giro drástico y entrar en el ejército como médico de campaña. Las zonas en conflicto provocaban la descarga de adrenalina necesaria. Además, la experiencia allí fue provechosa en muchos sentidos. Por supuesto, también tenía una parte negativa; su incapacidad para obedecer órdenes le trajo serios problemas en algunas ocasiones.

Unos años después encontró la solución perfecta para esos problemas trabajando en grupos junto a otros ex-militares. Se encargaban de cosas rápidas, como rescate de rehenes, o limpieza de objetivos. Moverse por ciertas zonas de Oriente Medio o África hizo que exprimiese todo el jugo a sus diversas habilidades, y aquello fue lo que la llevó a su actual puesto en la Organización del viejo. Conoció a Julian a través de uno de sus compañeros, y fue una de esas pocas personas que le cayó bien de inmediato.

No pareció reparar en ningún momento en su apariencia juvenil, ni dio por sentada una falta de experiencia. Dejó que fuese ella quien demostrase lo que valía. Y maldita sea si lo hizo.

Todo aquello se le daba de lujo. Jodidamente bien, en su modesta opinión y en la de cualquiera que hubiese trabajado con ella. La idea era ocuparse de cosas extrañas, cosas que estuviesen fuera de lo normal. También controlar situaciones *complicadas*. Situaciones que requiriesen de discreción. La discreción siempre era la clave de todo.

Era la clase de mierda que desquiciaría a cualquiera, pero que a ella le servía para anclarse a la realidad. Y fue a través de Julian que conoció a la persona que cambió su vida para siempre: Paul Montgomery. Aunque antes de eso... Antes conoció a su hermano Gavin.

Fue un día en que el viejo la mandó a recoger un pedido a su tienda de antigüedades.

Gavin le resultó un tipo interesante. Era frío y reservado, algo que agradecía siempre en un hombre, pero también había en él algo distinto a los demás. Algo en aquellos ojos azules. Muchos de los tíos con los que salía tenían esa mirada de haberse dado una vuelta por el otro lado de las cosas, y había que andarse con ojo con ellos. Gavin, en cambio, había hecho mucho más que darse una vuelta: se había quedado allí a vivir. Y eso no había podido con él, más bien todo lo contrario; era duro como un muro de hormigón. Un delicioso y duro muro de hormigón algunas noches, sin nada que complicase las cosas. Pero qué sabía ella por aquel entonces... A fin de cuentas, como ya he mencionado antes, Gavin era un

hombre reservado. Y esa clase de hombres –especialmente ellos– guardan pequeños secretos en los armarios.

Aquella noche caminaban hacia el apartamento de Gavin. No iban de la mano, ni abrazados. Ya hemos hablado de ambos lo suficiente como para establecer que ese tipo de cosas no es lo que cabría esperar si los viésemos caminando juntos. Ella nunca metía a nadie en su casa y por eso siempre iban a casa de él. En cuanto a él... Bueno, a él le importaba más bien poco dónde se vieses, así que nunca le dio muchas vueltas a los detalles, ni se preguntó porqué, durante aquellos cuatro meses en los que se acostaron, Rebecca jamás lo invitó a su casa.

Lo vieron a lo lejos en el suelo, junto al portal de su piso. Pensó que era un indigente, pero cambió de idea cuando vio que Gavin apretaba el paso y maldecía en voz baja. Por aquel entonces Paul estaba muy delgado, y aquella noche lucía un aspecto especialmente lamentable.

—¿Lo conoces? —le preguntó a Gavin cuando éste se agachó a su lado.

—Es mi hermano.

Estaba inconsciente y pálido como un cadáver, aunque volvió en sí - más o menos- cuando éste lo movió un poco. Tiritaba de frío, vestido únicamente con una camiseta de manga corta y unos vaqueros raídos en pleno invierno neoyorquino. Rebecca se agachó para examinarlo, y fue entonces cuando vio las marcas de pinchazos en sus brazos.

—Deja que le eche un vistazo.

—No es necesario, sé muy bien lo que le pasa.

La acritud en sus palabras le dio alguna pista más. Gavin sabía muy bien lo que le pasaba, y no sólo allí, en ese momento. Y saberlo no hacía las cosas más fáciles ni por asomo.

—Entonces te ayudo a subirlo.

Nunca habían hablado de temas personales. Tras cuatro meses no sabía más de él que el primer día, y viceversa. Lo notaba claramente molesto, y no acertaba a decidir si era por la presencia de su hermano en el portal, o por su propia presencia allí, descubriendo algo de él de una forma totalmente imprevista.

—Prefiero que te vayas, Rebecca. Yo me encargo.

—No digas idioteces, vamos.

Lo agarraron uno de cada brazo y, al ponerlo derecho, aquel maldito irlandés le vomitó en las botas. Gavin la miró con cara de *"tú te lo has buscado"*.

—Vas a descalzarte antes de entrar a mi casa, Rebecca —le dijo ocultando una sonrisa.

Una vez arriba, ella le hizo llenar la bañera con agua caliente y lo metieron dentro.

—Eso hará que entre en calor.

El hombre estaba claramente incómodo, y para entonces ya se había dado cuenta de que lo que le molestaba era tenerla por allí. Trataba a su hermano con una delicadeza que nunca le hubiese adjudicado y lo veía preocupado. Era esa versión suya la que no quería que ella viese. No era

personal, esa idea se extendía también a todos los demás. Traspasar el duro muro de hormigón era algo impensable para él, y aquella situación la dejaba arañándolo con fuerza.

Le hizo una lista de medicamentos y lo mandó a comprarlos. Su expresión severa se había suavizado un poco cuando ella le aclaró que sabía bien lo que hacía. Nunca le diría que aquella noche se había alegrado de tenerla por allí -porque más tarde, cuando las cosas se pusieron realmente difíciles, se alegró de tenerla por allí-, pero tampoco hacía falta que se lo dijese. Y ella... Ella se había quedado por echarle una mano con aquel marrón, sabiendo que iba a empeorar drásticamente -aunque nunca hubiese adivinado cuánto-. Pero a la mañana siguiente, cuando Paul Montgomery abrió esos jodidos ojos azules, Gavin quedó completamente relegado a un segundo plano.

—Dime, Paul, ¿cómo te gusta el café? —él la había mirado con aquella sombra triste en los ojos y una media sonrisa encantadora que hacía pensar que todo iba como la seda.

—Oscuro como la noche y dulce como el pecado.

Si uno quería conocer de verdad a Paul Montgomery, comprendió mucho tiempo después, había que leer en sus ojos, nunca en la comisura de esos labios.

Tres días más tarde hizo dos cosas que nunca antes había hecho, las primeras de muchas otras: Se cogió unas largas vacaciones, y se llevó a aquel maldito irlandés a su casa. Cuidar de Paul no había beneficiado sólo a Paul. Por eso el hombre aceptó su ayuda sin reservas, porque él supo verlo desde el principio. A Paul no se le escapa ni una. Había sido una reconstrucción completa en las dos direcciones. O todo lo que pueden reconstruirse dos personas como ellos, claro.

Un año vivieron juntos, hasta que el irlandés se sintió lo suficientemente fuerte como para regresar a su casa. Paul se acostaba en el incómodo sillón de dos plazas. A excepción de cuando él tenía temblores o ella pesadillas, que dormían juntos en la cama, abrazados. Fue en esos momentos, en la oscuridad de su habitación, dónde ambos aprendieron a hablar -y a establecer una relación emocional, en el caso de Rebecca-. Y durante todo ese tiempo nunca se tocaron en ningún otro sentido, porque aquella relación suya iba mucho más allá de la simpleza de tocarse de una forma meramente física. Porque en algunas ocasiones, la muerte puede forjar lazos y vínculos mucho más fuertes que la vida.

Paul fue el primer tío que pisó su apartamento. El primero hasta el misterioso hombre de turbulentos ojos grises...

Capítulo 11

APÉNDICES

El sueño de los Justos

"Sólo comprendió eso, que había caído en las tinieblas. Y tan pronto como lo supo, dejó de saber."

-Jack London-

Hay recuerdos que, por mucho que pase el tiempo, nunca se olvidan. Quiero decir que se mantienen intactos y precisos, conservados por los detalles, como el mismo día en el que las cosas sucedieron. Los detalles; ahí está la diferencia. Un olor, una mirada, una canción... Si nos anclamos a ellos, nos resulta más sencillo volver a esos momentos en concreto. Una y otra vez. Y sólo Dios sabe las veces que Paul Montgomery volvería a esos dos días de su vida en particular con el transcurso de los años...

Cushendall, Irlanda del norte, agosto de 1976

Recordaba con claridad, por ejemplo, la sofocante ola de calor que asolaba el norte de Irlanda. A aquella hora del mediodía en la calle debían estar por encima de los cuarenta grados. Su padre había vuelto del campo pronto precisamente por eso. Claro está, que se había levantado aún más pronto. Casi podía decirse que no se había llegado a acostar. Se había lavado y estaba sentado a la mesa delante de una cerveza. No llevaba puesta la camisa, sólo aquella camiseta interior blanca de tirantes. Su madre preparaba la comida. De vez en cuando se miraban y ella sonreía. Tenía una sonrisa preciosa, su madre. Gavin estaba en la granja de los Connacht, echando una mano. Los Connacht eran vecinos, sus tierras colindaban con las de ellos, y tenían varios hijos de todas las edades. También tenían trabajo de sobras para Gavin.

Su abuelo... Bueno, quien sabía dónde andaría el viejo. Probablemente se presentaría en cualquier momento con un par de conejos en la mano. Y pensaba en aquello cuándo su abuelo entró por la puerta, y no había ningún conejo en su mano. Cerró tras él.

—Aidan, vienen piándome los talones, estamos jodidos, hijo, lo siento —Susurró. Su padre se levantó de un salto y se dirigió a la puerta—. No. No tenemos tiempo de salir, es demasiado tarde.

Su madre apagó el fuego con resignación y lo miró. Aquella mirada es una de esas cosas que recordaría de por vida.

—Escóndame bien al chico, por favor —dijo dirigiéndose al viejo. Ella y su padre comenzaron a discutir en voz baja, mientras su abuelo hacía sitio en la alacena tras arrastrarlo con él de un brazo.

—¿Dónde está Gavin? —preguntó su abuelo sin dejar de pasar los botes de las conservas al estante de arriba.

—Está con los Connacht, no vendrá a comer —respondió su madre.

—Bien... Muchacho —ésta vez era a él a quien hablaba—, quiero que me escuches atentamente. Vas a entrar aquí y no vas a salir bajo ningún concepto, ¿comprendes? —Paul asintió, asustado, pero poco convencido—. Es importante que hagas lo que te digo y que no salgas, Paul, pase lo que pase. Prométemelo —dijo en un tono muy serio que lo asustó. Lo miraba fijamente, esperando una respuesta.

—Sí, *seanathair*, te lo prometo.

—Paul, sabes que es importante cumplir las promesas, especialmente si se las haces a un moribundo —él tenía ganas de llorar, pero su abuelo se hubiese reído de lo lindo si se le escurriese ni que fuese una lágrima. Tenía siete años, ya no era ningún niño. Tenía la edad suficiente para comprender que iba a suceder algo malo, y que uno no se salta a la ligera las promesas hechas a un moribundo—. Bien, entrarán unos hombres y tú te quedarás aquí, quieto y en absoluto silencio hasta que se hayan ido. Y cuando eso pase, cuando se vayan, seguirás aquí encerrado un rato más. Cuenta hasta quinientos antes de salir.

—No sé contar hasta quinientos, creo...

—Entonces, muchacho, cuenta hasta cien cinco veces. ¿Puedes hacer eso, Paul?

—Sí.

Él lo levantó en el aire y lo metió en la alacena, en el estante de abajo. Las puertas eran de celosía de madera, lo suficientemente finas como para que nadie reparase en su presencia si se quedaba muy quieto al fondo, le explicó su abuelo. El viejo se quitó la pequeña cruz de plata que llevaba al cuello y se la puso a él.

—No le cuentes a nadie que estabas en la casa, sólo a Gavin, él sabrá que hacer. Diréis que ambos estabais en la granja de los Connacht. Y recuerda a tu familia, chico, no nos olvides —el viejo cerró los ojos un momento, pensativo, intentando no dejarse nada en el tintero—. En el mundo hay dos clases de hombre, Paul, los que sujetan un arma y los que cavan. Nunca seas de los que cavan, muchacho. Eres listo, sabrás salir adelante.

Y dicho esto cerró las puertas.

La luz se filtraba a través de las rendijas, podía ver a sus padres, aún de pie, junto a la mesa. Discutían ahora en voz algo más alta, aunque el corazón le galopaba en el pecho tan deprisa que le costaba centrarse en lo que decían. Sólo era capaz de escuchar sus propios latidos martilleándole

en los oídos.

Tal y como había dicho su abuelo, a los pocos minutos unos hombres irrumpieron en la casa. No llamaron a la puerta, simplemente la echaron abajo. Llevaban las caras cubiertas por pasamontañas, bajo los cuales debían estar padeciendo un auténtico calvario. También pensaría en esto años después, cuando era él el que sostenía el arma, apuntándoles. Se hicieron sitio en la cocina apartando las sillas y la mesa, y golpearon a su padre en las piernas hasta que quedó de rodillas, frente a ellos. Arrastraron a su madre junto a él, y también a su abuelo. Ninguno de los dos se resistió ni dijo nada.

—Vamos, Cormac, quítate eso de la cara, aquí todos nos conocemos —escupió su padre en dirección al más alto, el que lo encañonaba con una pistola—. Si vas a pegarme un tiro, ten los cojones de dejar que te vea bien cuando lo hagas.

—Cierra el pico, Montgomery —dijo desviando el cañón del arma a la cabeza de su madre.

—Oye, ella es inocente, no ha hecho nada malo. Deja que se vaya, Cormac, no dirá nada —su padre perdió algo de seguridad y la voz le temblaba cuando habló.

—Aidan, no hay inocentes en las guerras, y aquí estamos en guerra. Pero eso tú ya lo sabes.

Y disparó a su madre. Ella cayó al suelo como un saco de patatas. Se llamaba Saoirse. Significa libertad. Su padre gritó y trató de cogerla, pero lo sujetaron y le ataron las manos a la espalda.

—Tienes razón, nos conocemos desde que éramos críos —dijo otro de los hombres—, nunca supiste escoger bien las amistades. Has estado escondiendo aquí a esos republicanos de mierda, bajo el mismo techo en el que duermen tu mujer y tus hijos. Poco pensaste en ellos entonces, ¿eh, Aidan?

Y Cormac le disparó también, dejándolo caer junto a su madre.

Paul llegó a pensar que el corazón se le saldría por la boca en algún momento. Por si acaso, se la tapaba con ambas manos. Por eso y porque le había prometido a su abuelo que estaría callado, aún cuando sólo tenía ganas de gritar. El viejo permanecía en silencio. En ningún momento miró hacia la alacena -ninguno de los tres lo hizo-, pero podía verle los ojos desde allí. No había miedo en ellos, sólo rabia y odio.

—Sois todos unos cobardes —y fue lo último que dijo, apretando los dientes.

Cuando se hubieron ido Paul se dio cuenta de que era incapaz de contar. Ni siquiera hasta diez. Así que hizo lo único que se le ocurrió: Rezó. Rezó en silencio, con los ojos cerrados para no ver los cuerpos, intentando, sin conseguirlo, dejar de temblar. Estuvieron discutiendo fuera un buen rato, y cuando dejó de escucharlos esperó algo más antes de salir. Y cuando lo hizo, fue para correr hacia la granja de los Connacht.

Pocos días después, mientras Gavin y él comían en silencio con ellos, Paul había preguntado qué significaba "*republicano*".

—¡Cállate, chico! —había gritado Donnovan Connacht, levantándose para sacudirle un guantazo—. Qué me aspen si éste no es el crío más estúpido del mundo. ¿Acaso quieres que terminemos todos como ellos? No vuelvas a decir nada semejante en mi casa, muchacho, o te echaré a patadas.

Y nunca más volvió a mencionar nada semejante. Al menos, no en su casa...

* * *

Belfast, veinte años más tarde

Sean tosió y escupió un esputo sanguinolento. Había cerrado los ojos un momento y Paul pensó que no volvería a abrirlos. Pero se equivocaba, aún seguía allí.

—Mierda, Paul, lárgate de una puta vez. No voy a morirme en tus brazos, joder.

Lo había arrastrado hasta la vieja casona abandonada, dándoles esquinazo con la ayuda de los vecinos, pero no tardarían en encontrarlos.

—No pienso dejarte aquí solo —le dijo mirando de nuevo por la ventana.

—Coño si lo harás. Ya lo creo, Paul. Yo ya estoy muerto, y no es necesario que me acompañes hasta allí también —Sean le apretó el brazo, y le sorprendió la fuerza que aún tenía—. Tengo miedo... Esta noche tendré que rendir cuentas ante Dios por todo lo que he hecho, y he hecho mucho...

—Ssssh, no digas eso. Hemos hecho lo que había que hacer, Sean.

—¿En serio? —repuso con tristeza—Tengo las manos manchadas de sangre. De sangre inocente...

«No hay inocentes en las guerras, y aquí estamos en guerra»

Repitió mentalmente aquellas palabras como un mantra. No sabía que decirle para que pudiese morir en paz. Pero morir en paz, después de todo lo que habían visto, sería imposible, pensó.

Sean Connacht era su mejor amigo. Se fueron de la granja de su padre juntos, y habían llegado a Belfast once años atrás, dónde habían sido reclutados. Pero antes de eso... Antes de eso se habían encargado de los hombres que entraron en su casa. Sean, Pat y él. Pat era otro de sus amigos de la infancia. Había muerto hace dos años, en una reyerta de bar. O bueno, eso habían dicho. En realidad, le dieron una paliza entre unos cuantos tipos un día que lo pillaron a solas. Ni siquiera pudieron ir a su entierro para no dejarse ver. Sean y él también se habían encargado de ellos. Ciertamente, habían estado muy ocupados. Y ahora había llegado ese momento. El momento de rendir cuentas.

—Paul —la voz de Sean era apenas un susurro—, llama a tu hermano y dile que te saque de aquí. Esto ya no tiene sentido... y si te quedas te

matarán. O peor, terminarás en la cárcel. Prométeme que te irás con él, Paul...

Los moribundos y sus promesas.

Sin Sean ya no le quedaba nada aquí. Él había tratado de no pensar, de vivir día a día, sin plantearse siquiera lo que hacían. Moviéndose únicamente impulsado por aquel extraño sentido de la justicia. De su justicia. Hasta hacía muy poco nada le había importado. Pero sentía ahora, en esos últimos tiempos, una desazonadora sensación de culpabilidad. Había comenzado con la muerte de Pat, y en aquel momento aún no lo sabía, pero se desencadenaría completamente tras la muerte de Sean. Con aquellas simples palabras. Las palabras que despertaron su conciencia: «Esta noche tendré que rendir cuentas ante Dios por todo lo que he hecho». Se llevó la mano a la pequeña cruz de plata, que descansaba en su pecho, y pesó en su abuelo. Quizá había faltado a su promesa y se había olvidado de su familia. Al menos en el sentido que importaba.

—Te lo prometo, Sean, llamaré a mi hermano y me iré con él.

—Eso está bien... Ahora vete. Quiero hacer esto solo, Paul.

Sean suspiró y cerró los ojos cansado. Y él se fue.

Se alejó de la vieja casona y merodeó por la calle escondiéndose, hasta que se hizo de noche, y sólo entonces decidió qué hacer. Llamó a la puerta de Áine.

Áine era la hermana pequeña de Pat. Se habían quedado en su casa alguna vez, aunque no les hacía gracia la idea de meterla en algún lío. Sólo habían ido cuando no les quedó más remedio. Y ahora mismo, a él no le quedaba más remedio. No tenía a dónde ir y estaba solo. Y esa noche no podía estar solo. Probablemente... Áine le había salvado la vida aquella noche, sin saberlo. Ella abrió enseguida y se asustó al verlo manchado de sangre.

—No es mía —le dijo para tranquilizarla.

Le contó lo que había sucedido, y ella le confirmó que ya habían encontrado el cuerpo de Sean.

—Estaba preocupada por ti —repuso examinándolo de arriba a abajo—. Ve a darte una ducha, te buscaré algo de ropa de Pat para que te cambies y prepararé algo de cenar.

Y en ese momento solo necesitaba a alguien que le dijese que hacer, porque le costaba una barbaridad pensar con claridad.

Cenaron y bebieron cerveza. Quizá algo más de la cuenta. Ella puso un viejo disco de Led Zeppelin, y él se acercó para besarla.

Y después follaron como locos.

Nunca antes había pensado en Áine de ese modo. Probablemente porque se conocían desde siempre, y porque era la hermana de Pat. Pero Pat ya no estaba, y tampoco Sean. Ambos estaban solos, y ella era preciosa y cálida. Era exactamente el refugio que necesitaba.

—No sabes lo que hubiese dado por esto a mis diecisiete años, Paul —le dijo ella horas más tarde mientras le enredaba los dedos en el pelo—. Hubiese dado la vida porque me mirases una sola vez como lo has hecho ésta noche.

—¿Y ahora? —le preguntó él.

—Ahora me mata saber que no volveré a verte...

Apoyó la cabeza sobre esos pequeños pechos de rosados pezones. Muchos años más tarde, porque aquel momento era otro de esos que jamás olvidaría, decidió que Áine Craig era lo más cerca que había estado de amar a una mujer. Y había estado con muchas, antes y después. Pero aquella noche, recostado sobre aquellos preciosos pechos suyos y pese a toda la mierda que tenía encima, había estado muy cerca de encontrar el cielo. Al menos durante unos breves instantes.

—Ven conmigo, Áine —y se lo propuso completamente en serio.

—¿Y qué haría yo allí? Ésta es mi tierra, Paul, mi hogar. Allí estaría sola, no podría entenderme con nadie... Una vez alguien le había dicho que los irlandeses eran gente con el corazón lleno de pesar. En ese momento supo lo acertado que había estado.

—Yo cuidaré de ti, no estarás sola —dijo acariciando la suave piel con la nariz.

—No creo que sea una buena idea... Estuve enamorada de ti mucho tiempo, y tú no estás hecho para estar con nadie. Me destrozarías.

Y probablemente no se equivocaba.

Muchas veces pensaba en todo aquello, le daba vueltas a cómo podrían haber sido las cosas de haberlas hecho de un modo distinto. Y entre todas aquellas posibilidades, entre todos los caminos alternativos que podía haber escogido, entre todas las decisiones que había tomado y todas las que había dejado a un lado... Todo lo llevaba al mismo final, en el que él terminaba destrozándola. Y eso era lo último que hubiese querido y lo único que no hubiese soportado. Áine, la dulce Áine.

Ella le hizo una bolsa con más ropa limpia y con algunos bocadillos, y se fue de su casa al amanecer. Era cierto, nunca más volvió a verla.

Se alejó para llamar desde una cabina. Gavin le había enviado su número de teléfono. Le dejaba notas en el viejo bar de Colum, y muchas veces también le enviaba dinero allí. Él nunca lo llamó, hoy sería la primera vez. Se había obligado a aprenderse el número, y durante mucho tiempo lo repitió para no olvidarlo. Aún lo hacía algunas noches, eso lo ayudaba a dormir.

Gavin se había largado ocho años antes a Nueva York y parecía que las cosas le iban bien, teniendo en cuenta que se había ido sin un centavo en el bolsillo, como polizone en uno de los enormes cargueros.

Marcó, y su hermano descolgó el auricular al otro lado cuatro tonos después.

—¿Sí? —la familiar voz puso la guinda en aquel mismo momento y se echó a llorar con la frente apoyada en el cristal. Y a punto estuvo de colgar—. ¿Paul, eres tú?

—Gavin —dijo tratando de no sonar tan desesperado como se sentía.

No lo consiguió—, quiero salir de aquí, por favor. Sácame de aquí, Gavin.

Y se había desmoronado del todo, llegando a pensar, ingenuamente, que había tocado fondo. Aquel baile acababa de empezar, y sus horas más bajas y oscuras transcurrirían lentamente, como siempre que se habla de horas bajas y oscuras. Estaba casi seguro de que su hermano llegó a desear que hubiese muerto en Irlanda entonces, y no podría reprochárselo, porque le dio tantos dolores de cabeza que lo único que se había ganado a pulso es que lo mandase a la mierda. Algo que, por supuesto, jamás hizo.

Pero no sería hasta aquel día, ocho años después, tras haber conocido el dudoso placer del olvido en la heroína, dónde sí tocaría fondo definitivamente. El mismo día en que conoció a Rebecca. Aunque ella siempre le dijo que, hasta entonces, durante aquella horrible noche en la que le vomitó en las botas, se las había ingeniado para resultar jodidamente encantador.